

**IDA RODRIGUEZ PRAMPOLINI**

# **LA ATLANTIDA DE PLATON**

## **EN LOS CRONISTAS DEL SIGLO XVI**

TESIS PARA OBTENER EL GRADO  
DE MAESTRA EN CIENCIAS HISTORICAS



**México, D. F.**

**Junio, 1947**



Universidad Nacional  
Autónoma de México



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.



FRESCO DE JOSE CLEMENTE OROZCO. ESCUELA NACIONAL PREPARATORIA.

Foto Lupercio. Atención de Fernando Gamboa.

A Edmundo O'Gorman.

Frente a la interpretación tradicional histórica que mira el pasado como algo inerte, Edmundo O'Gorman ha marcado el nuevo sentido vital que debe informar el estudio de la Historia, es decir, que ésta, así enfocada, deja de ser una acumulación de hechos sin significación, para convertirse en una ciencia de lo humano que, poniéndonos en contacto con el hombre histórico, nos permite, en último término, comprendernos.

Como este espíritu ha animado el presente trabajo, nada más justo que dedicarlo a quien así ha encauzado mi vocación histórica.

El reto máximo que registra la historia a la cultura europea, es el descubrimiento de América. Semejante afirmación puede parecer demasiado rotunda, pero si se considera, aunque sea superficialmente, el cuadro cultural de la época, lo categórico de la frase se desvanece y su significado cobra una realidad y una vigencia extraordinarias.

Para el hombre medio del siglo XVI, el acervo cultural de su época es algo de validez absoluta en la explicación del universo. Se siente y se sabe poseedor de un repertorio de convicciones que le ofrecen la Iglesia y la sabiduría antigua, que le bastan para comprender todo sin necesidad de pruebas visuales y de experimentación. Su visión del Universo es total, encerrada en un círculo; abraza por completo la explicación de la vida, desde su principio hasta su fin. El único misterio que se admite, y al cual todo queda subordinado, es el de la Divinidad. Empero, de pronto la unidad de su concepción vital se ve amenazada cuando, repentinamente, aparece ante sus atónitos ojos todo un mundo ignoto al que no por acaso lo califica de Nuevo. Ya en este nombre, de suyo tan asombroso, encontramos la justificación de la frase primera. Nuevo, en efecto, es lo que, por aparecer sin antecedentes, requiere de nosotros una actitud peculiar, un forcejeo espiritual que no cesa hasta que no logramos encerrar aquella realidad en el cuadro de nuestras anteriores concepciones, las cuales, en virtud de tales acomodos, muchas veces salen maltrechas, destruidas de tal suerte, que acaban por ser arrojadas al cementerio de los errores. Como un reto pues, como un latigazo inesperado, aparecen ante la conciencia de los hombres del XVI esos nuevos mares, esas nuevas tierras de contrastes brutales, de variados climas; esos hombres imprevisos y desconcertantes, y todo, mares y tierras, playas y montañas, hombres extraños, se agrupan y constituyen un nuevo abigarrado Mundo, cuya

sola presencia es una formidable interrogación que, aún en nuestros días, no se ve por completo despejada y que ha dejado abiertos desde entonces insondables abismos de duda. Pero la duda es sinónimo de agonía, y cuando se cae en ella, surge el imperativo de desvanecerla, porque agonía es, a su vez, sinónimo de inseguridad irrespirable.

El hombre del siglo XVI, al sentir la amenaza de un Nuevo Mundo que hace tambalear el edificio de sus viejas concepciones, siente también la necesidad de salvarlas para salvarse. Necesita demostrar que ese Nuevo Mundo no es verdaderamente nuevo, para lo cual pugnará por hacerse creer que su significado puede, sin violencia, explicarse dentro del ambiente de los conocimientos que le ofrecen la Iglesia y los Antiguos.

El problema de la duda americana ha sido revelado por Edmundo O'Gorman en su Cátedra de Historia en la Facultad de Filosofía y Letras y en su libro *Fundamentos de la Historia de América*. A él, pues, le debo la sugerencia del tema que me propongo desarrollar en esta tesis. Concretamente O'Gorman dice:

La duda acerca de la naturaleza de la realidad americana se impuso, exigiendo imperiosa una solución. Comienza a perfilarse, inequívoca, desde el momento en que, muy a raíz del descubrimiento, se plantea el problema de si la cultura antigua tuvo noticia del Nuevo Mundo. Preguntar si los antiguos y los Padres supieron de América, es el modo científico y preciso de expresar la duda, y es, también, la primera tentativa para satisfacerla. Si los antiguos supieron de esas tierras, todo estaba a salvo, porque, *eo ipso*, quedaban incluidas dentro de las convicciones e ideas vigentes acerca del mundo. No son, pues, alardes de vana erudición en los primitivos escritores de Indias, como ha sostenido una crítica superficial, las detalladas especulaciones en torno a ese gran problema. Como ejemplo típico y quizá el de más relieve, podemos aducir la teoría Atlántida de América que, en el fondo, no es más que un esfuerzo, entre otros, por dar una respuesta cumplida a la duda americana.<sup>1</sup>

Pues bien, por el interés que despertó en mí la lectura de ese párrafo, me propongo estudiar en este trabajo ese esfuerzo que representa la aplicación de la bella leyenda platónica de Atlántida a la realidad geográfica americana, como uno de los intentos para explicarla.

Hacer hincapié en el interés de tal tema, es subrayar lo subrayado; me limitaré, pues, a añadir que aquí no se trata, ni hace falta, de estudiar la Atlántida desde el punto de vista del historiador de la

cultura griega. Sólo interesa como arbitrio de explicación de América, o sea en cuanto suceso de la historia americana.

El programa a seguir es, en lo fundamental, el siguiente:

Primero, procede exponer con brevedad el relato platónico, poniendo especial atención en el esquema geográfico que contiene. Se intentará, también, hacer patente la peculiar y poderosa fascinación que ejercía Platón sobre el espíritu de los hombres del siglo XVI. Examinaré después los textos de los cronistas que documentan históricamente la relación América-Atlántida, con todo lo cual nos habremos hecho cargo del problema y su verdadero significado. Terminaré señalando la trayectoria ascendente de la tesis Atlántida y su culminación en la obra del P. José Acosta. Una segunda parte se dedicará a sacar las conclusiones que resulten de la exposición anterior, con la mira de contribuir, hasta donde yo alcanzo, a una mejor comprensión del significado cultural de este tema.

## I

### LA ATLANTIDA DE PLATON

En dos pequeños diálogos, el *Timeo* o *De la Naturaleza* y el *Critias* o *Atlántida*, relata Platón la célebre historia de esa isla que ha dado origen a numerosos escritos de toda índole.

En el primero de los diálogos, *Timeo*, uno de los personajes, Critias, habla en una forma breve y escueta de una interesante historia, contada a Solón por un sacerdote egipcio, la cual él conocía por su abuelo; promete relatarla a sus compañeros al día siguiente, cuando le toque tomar la palabra, pero sin embargo, adelanta el argumento de su relato. Lo que de él nos importa para el fin de este trabajo, son las palabras que a continuación transcribo y que el sacerdote egipcio dice a Solón:

"Voy pues, a darte a conocer las instituciones de tus conciudadanos de hace nueve mil años y entre sus hazañas, la más gloriosa de todas." 2

Más adelante continúa:

"Frente al estrecho que vosotros en vuestro lenguaje denomináis las columnas de Hércules existía una isla. Esta isla era mayor que la Libia y el Asia reunidas; los navegantes pasaban de esta isla a otras y de éstas al continente que tiene sus orillas en aquel mar verdaderamente digno de su nombre. Todo lo que está aquende del estrecho de que hemos hablado, se asemeja a un puerto de estrecha bocana, mientras el resto es un verdadero mar, lo mismo que la tierra que lo rodea tiene todo derecho a ser llamada un continente." 3

Después, hace desaparecer la isla "en un solo día, en una noche fatal." 4

Hay en este resumen tres notas capitales: primero, la fecha que marca Platón al acontecimiento; segundo, el esquema geográfico y tercero, la desaparición de la isla.

En el segundo de los diálogos mencionados, Critias hace una exposición detallada de la historia de Atlántida, porque como su propósito es relatar la contienda que los habitantes de la isla tuvieron con los atenienses, se impone el conocimiento de quiénes eran estos terribles adversarios. Vuelve Platón en este diálogo a poner en boca de su personaje los mismos datos que para este estudio son esenciales: el suceso acaecido nueve mil años antes de Solón, la dimensión de la isla con el dato vago de ser mayor que Asia y Africa, y a especificar la colocación de las entidades geográficas; pero a continuación de esto, da otro dato de interés:

"Sumergida hoy día (la isla) por los temblores de tierra en el fondo del mar, no es más que un légamo impenetrable que constituye un obstáculo a los navegantes y no permite atravesar aquellas partes de los mares...<sup>5</sup>

Pasa luego a contar propiamente la vida e historia de esta isla, que en el reparto que los dioses hicieron del Universo, tocó a Neptuno. Este dios enamoróse de Cleito, una mortal, y tuvo con ella cinco pares de hijos todos varones, entre quienes repartió el reino; tocó al mayor del primer par de gemelos el sitio principal de la isla, una colina de la que Neptuno había logrado hacer un verdadero paraíso para Cleito, y que estaba rodeada por tres anillos de tierra y tres de mar.

Lo admirable de la relación de Platón es el enorme apego a los detalles y la minucia en las descripciones, todo lo cual acaba por comunicarle a la leyenda un aire de verosimilitud. Así, por ejemplo, al describir la ciudad se preocupa por darnos las dimensiones del templo: "tres plethros de anchura, una altura proporcionada y un aspecto algo bárbaro";<sup>6</sup> habla de las plantas, los animales, metales, las fuentes de agua fría y caliente, estatuas, baños; de los árboles nos dice que eran "de una altura, frondosidad y belleza casi divinas";<sup>7</sup> la autoridad cumplía las órdenes que Neptuno había dejado. Acerca del ejército nos da una exacta y completa relación de la cual transcribiré esta parte:

Cada división territorial debía elegir un jefe, y había sesenta mil de estas divisiones de una extensión de cien estados. De los habitantes de las montañas

y de otras partes del país, dice la tradición que su número era infinito, y fueron distribuidos según las localidades o pueblos en divisiones análogas teniendo cada una un jefe: Este tenía que proporcionar en tiempo de guerra la sexta parte de un carro de guerra, de manera que, hubiera diez mil, dos caballos con sus jinetes, un tiro de dos caballos sin carro y un jinete para conducir dos caballos; dos infantes con armamento pesado, dos arqueros y dos honderos; tres soldados armados a la ligera, tres con piedras y tres con jabalinas y cuatro marinos por división para maniobrar en una flota de mil doscientas embarcaciones. Esta era la organización de las fuerzas militares en la ciudad real. Las otras nueve provincias tenían su organización particular y hablar de ellas sería demasiado prolijo".<sup>8</sup>

Estas *minuciosidades*, al parecer *superfluas* y *excesivas*, contribuyen a dar al conjunto la apariencia de ser la relación de un viajero que vió y palpó lo que describe.

Los habitantes de esta estupenda isla, al cabo del tiempo, fueron perdiendo la parte de la naturaleza divina que poseían y al quedar sólo con su humanidad, degeneraron al grado de volverse ambiciosos e intentar la conquista de los demás países. Los dioses mandaron la destrucción de la isla y sus habitantes. Un fuerte terremoto acabó con ella a la vez que con el ejército ateniense, que se aprestaba a defenderse; desde entonces la navegación no es posible por el "verdadero mar", debido a las numerosas vegetaciones y al lodo que dejó la isla al desaparecer.

Resumiré los datos esenciales de este pequeño análisis de los diálogos aludidos:

El esquema geográfico que presenta el relato platónico se compone substancialmente de los siguientes elementos:

Tenemos como punto central, las "columnas de Hércules" identificadas con el estrecho de Gibraltar; del lado interno, es decir, del Este, una garganta angosta y una bahía o puerto; del lado exterior, o sea del Oeste, primero la gran isla, segundo, un número indeterminado de islas menores y después, la tierra firme.

La gran isla, o sea la Atlántida, desaparece en una sola noche bajo las aguas del océano; acontecimiento que tuvo lugar nueve mil años antes de Solón. Al hundirse la isla, el mar quedó encenagado e imposibilitó toda navegación. Es necesario tener muy presente este esquema, pues de su aparente semejanza con el revelado por el descubrimiento de América saldrá la base, aunque no sea la más profunda, de la relación Atlántida-América.

## II

### LA ATLANTIDA DE LOS CRONISTAS

En este apartado vamos a ver de qué manera se aplicó el esquema geográfico del relato platónico al mapa que iban dibujando los descubrimientos del Nuevo Mundo.<sup>9</sup>

La revisión de los textos que ligan Atlántida con América, sólo comprenderá a los cronistas del siglo XVI; este límite que he marcado no es en absoluto arbitrario, sino que se debe a que el último de los cronistas que estudiaré, el Padre Jesuíta José de Acosta, puede considerarse como cúspide de la trayectoria, porque con razones científicas desecha el problema de Atlántida, marca un cambio de posición y trata de explicar a América por otros medios.<sup>10</sup>

#### GONZALO FERNANDEZ DE OVIEDO

La lista de autores recogida por el señor Imbelloni comienza por este cronista, aunque propiamente no trata el tema de la Atlántida. Me decidí a incluirlo, porque encuentro en él precisamente el inicio de la duda americana; la obra de Oviedo, como se sabe, se reduce en último análisis a un relato y estudio de las extrañezas que encuentra en las Indias.

En el *Sumario de la Natural Historia de las Indias*, publicado en Toledo en 1526, no hace alusión al tema Atlántida-América; cree con certeza que los antiguos no tenían noticia alguna de estas tierras. En un pasaje nos dice, hablando de un animal americano que llaman tigre, que:

"ningún escritor supo de los antiguos, como quiera que están (*los animales de que trata Oviedo*) en parte y tierra que hasta nuestros tiempos era incógnita y de quien ninguna mención hacía la Cosmografía de Tolomeo ni otra, hasta que el Almirante don Cristóbal Colón nos la enseñó".<sup>11</sup>

En seguida habla de "aquella fábula" de las columnas de Hércules, refiriéndola a Gibraltar, e insinúa una comparación entre el hecho atribuido a Hércules y la hazaña de Colón.

Años más tarde, cuando concluye su *Historia General y Natural de las Indias*, cambia de opinión e identifica las islas Hespérides de la antigüedad con las Antillas y afirma haber sido éstas posesiones de España durante el reinado del mitológico rey Hesperus; por lo tanto, con el descubrimiento de Colón, sólo se ha recuperado una antigua propiedad española. Amador de los Ríos e Imbelloni afirman que Oviedo hace la identificación con fines políticos, pero yo veo, además de este motivo, un inicio por explicar ese nuevo mundo hallado en medio del Océano.

#### BARTOLOME DE LAS CASAS

En la *Historia de las Indias* (1527) es donde Las Casas trata el tema de Atlántida.

Es el primero que establece y aduce para explicar América, el tema de la Atlántida; en el capítulo VIII del Libro I, nos dice:

para mostrar que los antiguos tuvieron sospecha y probabilidad de haber tierras habitables y habitadas en el mar océano, o a la parte de Oriente o del Occidente y Austral, quiero aquí traer una cosa dignísima de admiración y nunca otra tal oída, que cuenta Platón de una isla que estaba cerca de la boca del estrecho de Gibraltar, la cual llama Isla del Atlántico."<sup>12</sup>

El ánimo de Las Casas, parece ser, no estaba muy conforme con la verosimilitud del relato platónico, pero como la autoridad de Marsilio Ficino, cuya traducción del diálogo de Platón es la que lee Las Casas, afirma "no ser fábula sino historia verdadera, y pruébalo por sentencia de muchos estudiosos de las obras de Platón",<sup>13</sup> Las Casas acaba por darle, debido al argumento de *magister dixit*, entero crédito.

Más que por el conocimiento que los antiguos pudieran tener de América, le interesa al obispo de Chiapas el relato platónico, como

posible motivo para animar a Colón a salir en busca de tierras nuevas, pues:

razonablemente pudo Cristóbal Colón creer y esperar que aunque aquella grande isla fuese perdida y hundida, quedarían otras, ó al menos la tierra firme, y que buscando las podrían hallar.<sup>14</sup>

Es interesante anotar las variantes que en cuanto al planteamiento del problema se les van presentando a los cronistas; en Las Casas, vemos que le interesa el relato, principalmente, por Colón y, en segundo término, por el conocimiento que de estas tierras pudieron tener los antiguos. La transcripción que del diálogo Timeo trae el libro del Obispo, es la versión latina de Marsilio Ficino, cuya interpretación histórica es aceptada por Las Casas, pues llega a identificar las Islas Anegadas y Las Canarias como restos que quedaron después del hundimiento de la isla Atlántida y a América con la tierra firme de que habla Platón.

#### FRANCISCO LOPEZ DE GOMARA

Este cronista, igual que el Padre Las Casas, estudia el texto platónico, en cuanto al papel que desempeñó como incitante para animar a Colón a realizar su viaje en busca de tierras desconocidas.

Son tres los pasajes donde menciona el relato atlántico en la primera parte de su obra, o sea la *Historia general de las Indias* (1552). El primero se encuentra en el apartado que se titula: "Quién era Colón". En él habla de un piloto que por casualidad tocó tierras americanas y que a su regreso se hospeda, ya para morir, pues venía herido, en casa de Colón; este descubridor anónimo de América, dejóle al futuro Almirante, "la relación, traza y altura de las nuevas tierras, y así tuvo Colón noticia de las Indias".<sup>15</sup> Inmediatamente después de lanzar esta afirmación, que es su propia creencia, nos dice:

"Quieren también otros, porque todo lo digamos, que Cristóbal Colón fuese buen latino y cosmógrafo, y que se movió a buscar la tierra de los antípodas y la rica Cipango de Marco Polo, por haber leído a Platón en el Timeo y en el Critias, donde habla de la gran isla Atlante y de una tierra encubierta mayor que Asia y Africa..."<sup>16</sup>

Es muy posible que este pasaje de Gómara sea alusivo a Las Casas. Entre estos dos autores, aunque abordan el tema llevados por la

solución de un mismo problema, encontramos una primera diferencia y es que Las Casas nos refiere su propio pensamiento y Gómara relata lo que otros opinan por el deseo de *decirlo todo*; esta divergencia se patentiza en uno de los supuestos, ya que para el obispo de Chiapas Colón era hombre "leído y prudente"<sup>17</sup>, en tanto que para Gómara "no era docto Cristóbal Colón, mas era bien entendido".<sup>18</sup>

Precisamente por la idea que tiene Gómara de Colón, encontramos que, no satisfecho por la relación que de las nuevas tierras le hace el piloto, se informó: "de hombres leídos sobre lo que decían los antiguos acerca de otras tierras y mundos"<sup>19</sup> porque si fuera cierto que:

Colón alcanzara por esciencia dónde las Indias estaban, que mucho antes, y sin venir a España, tratara con genoveses, que corren todo el mundo por ganar algo, de ir a descubrillas. Empero nunca pensó tal cosa hasta que topó con aquel piloto español; que por fortuna de la mar las halló.<sup>20</sup>

La idea de que Colón, al saber la existencia de nuevas tierras, haya ido inmediatamente a consultar lo que acerca de esto decían los antiguos, nos está indicando una vez más un tinte especial del tono de vida de esta época, o sea buscar la solución de los problemas en las autoridades y maestros de la antigüedad, dato peculiar e indispensable para entender la época y que en la segunda parte estudiaré con más amplitud.

La segunda cita está contenida en el aparato titulado: "La honra y mercedes que los Reyes Católicos hicieron a Colón por haber descubierto las Indias".<sup>21</sup> Narrando Gómara el triunfal recibimiento de que fué objeto el descubridor a su regreso, nos informa el sentir de la opinión pública sobre el viaje:

"Unos decían que había hallado la navegación que cartagineses vedaron; otros, *la que Platón en Critias pone por perdida con la tormenta y mucho cieno que creció en la mar; y otros, que había cumplido lo que adivinó Séneca en la tragedia Media, etc...*"<sup>22</sup>

En este segundo pasaje el autor todavía habla de lo que otros opinaban o pensaban, mas no ha llegado a decirnos cuál era su pensamiento sobre el asunto. El tercer pasaje satisface esta cuestión; dedica

todo un apartado a tratar: "De la isla que Platón llama Atlántida".<sup>23</sup> Empieza por hacer una síntesis del relato platónico, que conoce por la misma traducción de Marsilio Ficino, y así nos dice:

"Hubo antigüísimamente en el mar Atlántico y Océano grandes tierras, y una isla dicha Atlántide, mayor que Africa y Asia, afirmando ser aquellas tierras de allí verdaderamente firmes y grandes, y que los reyes de aquella isla señorearon mucha parte de Africa y de Europa. Empero que con un gran terremoto y lluvia se hundió la isla, sorbiendo los hombres, y quedó tanto cieno, que no se pudo navegar más aquel mar Atlántico".<sup>24</sup>

Es en el párrafo que sigue a éste, donde se pronuncia al fin por la tesis y dice que hay quienes tienen el relato "por fábula" y otros "por historia verdadera" pero para él:

"no hay para qué disputar y ni dudar de la isla Atlántide, pues el descubrimiento y conquistas de las Indias aclaran llanamente lo que Platón escribió de aquellas tierras".<sup>25</sup>

Este fragmento nos demuestra que a Gómara le interesa probar que Platón no se equivocó, una constancia más del principio de autoridad en que se fundaba la validez de los conocimientos para los hombres de la época que estudio.

En ese mismo párrafo, encuentro algo muy curioso, y es el argumento inverso que usa Gómara precisamente para probar que Platón dijo la verdad, lo que, para él, es capital.

Para reforzar el argumento, Gómara inventa de su cosecha una de esas fantásticas etimologías tan del gusto de los escritores de entonces: el *atl* mexicano, que quiere decir agua, es "vocablo que parece, ya que no sea, al de la isla".<sup>26</sup> Por último, concluye con esta rotunda afirmación:

"Así que podemos decir cómo las Indias son la tierra firme de Platón y no las Hespérides, ni Ofir y Tarsis, como muchos modernos dicen; etc..."<sup>27</sup>

Con el material directo que hemos aportado, emprenderé el análisis del pensamiento de Gómara. En el primero de los pasajes confrontados, el cronista equivoca el relato de Platón, al hablar de "la gran isla Atlante y de una tierra encubierta mayor que Asia y Africa". Sabemos que tanto en el relato de Platón como en la traducción de Ficino, la gran

isla Atlante es la "tierra encubierta mayor que Asia y Africa", mientras que para Gómara, en esta parte, constituyen dos entidades geográficas distintas. El segundo pasaje no proporciona más elemento que el relativo al cieno a que dió lugar el hundimiento de la isla y que impedía la navegación. La tercera transcripción es la más importante; nos presenta un esquema vago del relato platónico, aunque corrige su primer error, porque concede ya a la isla Atlántida las proporciones de mayor que Asia y Africa juntas; omite por completo las islas menores que, según Platón, existían entre Atlántida y la tierra firme, y de ésta solamente dice que eran tierras verdaderamente firmes y grandes. Sin duda Gómara se decide a creer firmemente en la narración platónica, precisamente porque le pareció verla confirmada en América. Por cuanto a la identificación de entidades geográficas, la imprecisión de Gómara no permite conclusiones perfiladas; pero es expreso cuando asienta que las Indias son "la isla (es decir Atlántida) y tierra firme de Platón; no especifica qué parte de América puede ser la isla propiamente y cuál la tierra firme, pues él admite el hundimiento de la isla cuando dice: "con un gran terremoto y lluvia se hundió la isla"... y como, por otra parte, no habla de las islas menores del relato platónico, ni tampoco de las islas americanas en el Atlántico, puede aventurarse la interpretación (sin que, a decir verdad, exista texto expreso para sustentarla) de que Gómara viera en las islas americanas restos de la Atlántida; y así se explicaría su afirmación de que las *Indias son la isla y tierra firme*. La exposición de Gómara no es igual a la del Padre Las Casas, como afirma Imbelloni, y representa una modalidad muy personal en el pensamiento geográfico del Nuevo Mundo a base del relato platónico.

#### AGUSTIN DE ZARATE

Uno de los cronistas que más larga y detalladamente estudian el tema Atlántida-América, es este cronista en su obra *Historia del descubrimiento y conquista del Perú*, publicada por primera vez en Amberes en 1555. El lugar que ocupa en la obra es especial, porque la exposición está contenida en una especie de introducción o capítulo previo que lleva el título de:

Declaración de la dificultad que algunos tienen de averiguar por dónde pudieron pasar al Perú las gentes que primeramente le poblaron.<sup>28</sup>

La preocupación, el problema que Zárate trata de resolver es, pues, el origen y procedencia del hombre en América; es el único de los autores hasta ahora estudiados que plantea el tema para solucionar el paso del hombre al Nuevo Mundo. Hemos visto que unos lo abordan para saber si la antigüedad tuvo noticias de estas tierras, y otros por los motivos que impulsaron a Colón a su viaje. Zárate tiene ese peculiar enfoque, pero también resuelve con Atlántida los motivos de Colón, aunque no es su principal problema, como en Las Casas y Gómara. Zárate en este punto es más contundente que ellos, pues nos dice:

Yo lo he oído y lo creo, que comprendió (*Colón*) el descubrimiento de aquellas partes debajo de la autoridad de Platón.

Examinemos ahora con precisión el pensamiento de Zárate. La declaración comienza con el planteamiento mismo del problema, con la incertidumbre, que resuelve inmediatamente:

"La duda que suelen tener sobre averiguar por dónde podrían pasar a las provincias del Perú las gentes que desde los tiempos antiguos en ella habitan, parece que está satisfecha por una historia que recuenta el divino Platón algo sumariamente en el libro que intitula *Timeo* o de *Natura*, y después muy a la larga y copiosamente en otro libro o diálogo que se sigue inmediatamente después del *Timeo*, llamado "Atlántico".<sup>29</sup> (*es decir, Critias.*)

En seguida hace una breve exposición, a su manera, del contenido de ellos y a continuación transcribe en castellano un pasaje del *Timeo*, tomado de la versión latina de Marsilio Ficino, que fué la que le sirvió de original. Es después de esa transcripción cuando Zárate comienza a torcer los textos, llevado sin duda por su afán de acomodar el esquema del *Timeo* al esquema revelado por el descubrimiento de América. Para percatarnos de las diferencias y hacer la exacta comparación, repetiré el esquema geográfico trazado por Platón de las Columnas de Hércules hacia afuera: Columnas de Hércules —isla Atlántida (mayor que Asia y Africa)— Islas menores. Tierra firme circundando el mar que califica de verdadero mar. O sea que ese verdadero mar, en el que estaba la isla Atlántida y las otras islas, es el Océano Atlántico. En el esquema que formula Zárate se va a introducir un elemento o entidad geográfica que no existe en Platón ni

en Ficino y que consiste en identificar el "vero mar" del texto de Ficino con el Mar del Sur, o sea el Océano Pacífico. En la exposición personal dice:

"Desde esta isla (*Atlántida*) se navegaba á otras islas grandes que estaban de la otra parte della, vecinas á la tierra continente, *allende la cual se seguía el verdadero mar*".<sup>30</sup>

Y más adelante agrega "que es el que verdaderamente llamamos del Sur".<sup>31</sup>

Esto, sin duda, dentro de la corriente de interpretación de América, según el relato del *Timeo*, constituye una novedad.

Otra modificación, aunque de poca importancia, consiste en calificar de "grandes" las islas entre Atlántida y la tierra firme, pues el texto de Platón deja entender que son éstas islas menores. Más adelante las identifica con "la Española, Cuba y San Juan y Jamaica y las demás que están en aquella comarca".<sup>32</sup> Luego el esquema que nos hace Zárte es el siguiente: Columnas de Hércules —Atlántida (isla mayor que Asia y Africa y que cabía en ese gran golfo)— Islas-Tierra firme ("que es la misma tierra firme que agora se llama así") y mar verdadero (o sea el Mar del Sur). Como la isla desapareció según Platón, resulta que el esquema trazado por éste coincide y es exacto al revelado por América.

Cuando llega Zárte a esta conclusión de identidad de esquemas, cree tener resuelto el problema; pero se le presentan serios reparos que, claro está, tendrá por necesidad que resolver, aunque para ello tuerza los textos y les haga decir lo que le conviene para probar su teoría. Se le presentaba la objeción de la enorme extensión atribuída por Platón a la Isla, y Zárte dice a esto que:

"ese gran golfo (*el Océano Atlántico*), donde, así norte, sur como leste-hueste, tiene espacio para poder ser mayor que Asia y Africa",<sup>34</sup>

y resuelve así el primer reparo.

Después, se encuentra con que Platón cuenta el acontecimiento fatal de la Isla como sucedido 9,000 años antes que Solón; entonces acorta un poco el tiempo, porque hace suceder el hundimiento "nueve mil años antes que aquello se escribiese", refiriéndose al diálogo pla-

tónico; pero aun así, las cuentas no salían, pues según el cálculo ortodoxo, el principio del mundo fué en el año 3481 *antes de Cristo*. Según la cronología bíblica, la aparición del hombre sobre la tierra había sido entre 7,000 y 4,000 años antes de Cristo.<sup>35</sup>

Existía una relación detallada de los hechos bíblicos importantes. En el año 129, la Tierra se había poblado y los crímenes comenzaron a abundar; en 1656 fué el diluvio; en 1757 se construye la Torre de Babel, etc. Zárata soluciona ese conflicto, afirmando, basado en la autoridad de Eudoxio, que los años a que se refiere Platón son lunares, o sea meses, pues así cuentan los egipcios, y que por tanto se trata de 750 años solares, con lo cual ya es muy posible la verosimilitud de la versión. Otra observación que se hacía era la razón por la cual los pueblos, como los romanos y otros, que en diversos tiempos ocuparon a España, no descubrieron las nuevas tierras; el cronista sale del paso diciendo que "duraba la maleza de la mar para impedir la navegación".<sup>36</sup>

Estos son, en general, los argumentos negativos que se le presentan a su tesis; ahora veremos aquellos de los que él se vale para apoyarla y darle mayor consistencia. Afirma:

"es casi demostración para creer lo desta isla, saber que todos los historiadores y cosmógrafos antiguos y modernos llaman al mar que anegó a esta isla, Atlántico, reteniendo el nombre de cuando era tierra."<sup>37</sup>

Uno de los argumentos que arrima al comienzo casi de su declaración, es el parecido en costumbres y ceremonias del Perú con las del fabuloso relato.

Con todos estos malabarismos, Zárata llega a la conclusión deseada acerca del origen de nuestro continente:

"No sé por qué se tenga dificultad entender que por esta vía hayan podido pasar al Perú muchas gentes, así desde esta gran isla Atlántica como desde las otras islas para donde desde aquella isla se navegaba".<sup>38</sup>

#### FRANCISCO CERVANTES DE SALAZAR

Este cronista estudia el tema que me ocupa en el capítulo II del libro I de la *Crónica de Nueva España*, escrita a principios de la segunda mitad del siglo XVI, que titula con el significativo nombre *De*

la noticia confusa que el divino Platón tuvo de este Nuevo Mundo." Digo significativo, por el sentido que encierra la palabra divino.

De todos los estudiosos de los textos antiguos de la historia de Indias, es sabido que el maestro Cervantes trazó el esquema de su libro inspirado en Gómara, y que aprovechó la obra de éste extensamente; sin embargo, en el punto que nos ocupa, el autor sigue a Zárate y así lo declara él mismo:

y porque a los que cerca d'esto primero descubrieron algo, es justo darles su honor devido: es de saber que Agustín de Zárate, varón por cierto docto, en la breue historia que escriuió del descubrimiento y conquista del Pirú, tratando en breue lo tocante a este capítulo dize así...<sup>40</sup>

En seguida Cervantes copia textualmente casi toda la "Declaración" del libro de Zárate, que ya hemos analizado. Por tanto, lo que puede decirse de la obra de Cervantes en relación con nuestro tema, es que acepta en todo y por todo el pensamiento e interpretación de Zárate. Lo único que añadiremos como diferencia entre uno y otro, es que Cervantes no enfoca el problema como explicación del origen del hombre en América, sino por lo que ilustra sobre el conocimiento, aunque confuso, que de la existencia del Nuevo Mundo tuvo la anti-güedad.

Claro está que al aceptar a Zárate, incurre en la interpretación equivocada del texto del *Timeo* que hemos visto en ese autor, al entender que Platón aludió al Océano Pacífico cuando habló del "mar verdadero". En efecto, al principio del capítulo que venimos estudiando y antes de la transcripción que hace del pasaje de Zárate, el cronista mexicano nos informa que Dios dió a entender a Platón y a Séneca que "después del mar Océano de España" (es decir, el Atlántico):

habían otras tierras y gentes, con otro mar que, por su grandeza, el mismo Platón le llama el Mar grande.<sup>41</sup>

En definitiva, Cervantes de Salazar acepta sin reservas la interpretación del texto platónico, mediante la cual se introduce una nueva entidad geográfica (un mar más allá de la tierra firme) que no existe en el esquema del *Timeo*.<sup>42</sup>

## PEDRO SARMIENTO DE GAMBOA

Al terminar el extenso análisis del pensamiento de Gamboa sobre Atlántida, Imbelloni exclama:

¡Curioso destino de este cronista, que es el más típico atlantófilo del siglo XVI, ha sido el de destruir casi todos los datos platonianos, a pesar del constante anhelo de fundarse en ellos, como en una autoridad inapelable! <sup>43</sup>

Esto es muy cierto; de todos los cronistas del siglo XVI, Sarmiento de Gamboa es el que revela una admiración y fe incondicional por Platón, y a pesar de su intención de seguir al pie de la letra la doctrina del Maestro, es el que más se aparta de él, trastocando violentamente los elementos del esquema original. Imbelloni no da la explicación de por qué precisamente quien más se apega al filósofo, más yerra al interpretarlo. Es en este cronista especialmente en donde se comprueba la tesis de que no es un acto consciente el variar el esquema; no está mintiendo deliberadamente cuando interpreta de una manera falsa y distinta a Platón, sino que es un sentimiento vital el que lo obliga a plantearse en esa forma el esquema, para de esa manera resolver su duda y explicarse el origen del hombre americano.

A Sarmiento de Gamboa se le presenta el problema de que la isla (mayor que Asia y Africa) no cabía en el Océano Atlántico y numéricamente comprueba esto:

saco yo su tamaño y digo que esta isla Atlántica de increíble o al menos inmensa medida, era más de 2300 leguas de longitud. <sup>44</sup>

Aritméticamente, también mide el espacio entre Cádiz y las costas de nuestro continente y sólo resultan a lo más 1,100 leguas, por lo que concluye diciendo:

Claro parece que, para cumplir la suma de la resta, para el cumplimiento de las 2,300, habemos de meter en la cuenta todo lo demás que hay de tierra desde la costa de Marañón y Brasil hasta la mar del Sur, que es lo que agora llaman América. <sup>45</sup>

De lo que resulta que concibe la unión de Atlántida con América en una masa única indisoluble, antes del cataclismo; y sólo quedó después de él lo que "agora se llama Indias de Castilla o América".

Habiendo variado el tema, pudiéramos decir que en su parte medular, los demás componentes del esquema también serán puestos fuera de sitio; voltea casi al revés el texto de Platón, y así, sitúa dentro de las Columnas de Hércules las islas menores, o sea que éstas están en la bahía interior, y la tierra firme del esquema de Timeo no será ni más ni menos que Europa y África.

A Sarmiento de Gamboa también se le presenta el problema cronológico y acepta el cambio de años solares por lunares; sólo que llega a una cifra menos redonda que Zárate y mayor en 119 años, es decir, a un total de 869 años. Además, Sarmiento de Gamboa, de su propia cosecha, se pone a explicar la situación de Atlántida en relación con las costas occidentales de España, afirmando su proximidad, al punto de que "con una tabla atravesaban como por un puente de la isla a España".<sup>46</sup>

El señor Imbelloni resume su exposición con la consideración de no ser:

aventurado afirmar que el primer Cronista de Indias que haya formulado una doctrina sobre la base platónica en lo referente a los problemas del Nuevo Mundo, fué Sarmiento de Gamboa en 1572.<sup>47</sup>

Atenta la revisión que hemos hecho, no me parece exacta tal afirmación, pues Gómara por un lado y Zárate por otro, a quienes no les concedió la debida atención el señor Imbelloni, demuestran lo contrario. Gómara, aunque confusamente, intentó una identificación de Atlántida con América, y Zárate trató de incluir, como más tarde Fr. Gregorio García, el Océano Pacífico en el esquema platónico. Estas también son:

doctrinas sobre la base platónica en lo referente a los problemas del Nuevo Mundo.

Lo que sí puede decirse es que Sarmiento de Gamboa extremó la posición y por tal motivo ocupa un lugar destacado en el proceso que venimos estudiando.

**CUADRO COMPARATIVO DE LOS ESQUEMAS GEOGRAFICOS  
DE LA RELACION ATLANTIDA-AMERICA EN LOS CRONISTAS  
DEL SIGLO XVI.**

Platón	Garganta bahía y puerto	Cols. de Hércules	Atlántida Isla más grande que Af. y Asia	Islas menores	Tierra firme
Las Casas	"	Gibraltar	Océano		Continente americano
Gómara	"	Gibraltar	Restos de Atlántida son las islas		Continente americano
Zárate	"	Gibraltar	Islas americanas		Continente Pacífico
Sarmiento	Tierra firme. Europa y África	Columnas de Hércules	América que es parte de la isla Atlántida		Pacífico

Todos los autores que hasta aquí hemos revisado explican su problema particular de América basados en el relato del Critias y el *Timeo*, y le dan plena vigencia a la Atlántida. Como anuncié al principio, es hasta José de Acosta cuando se desecha esta tesis como válida; pero antes de entrar al estudio detallado de la posición del jesuita, meditemos sobre la documentación que hemos recogido, para ver qué encierra.

Resumiendo el análisis, encontramos el dato primordial de que poco después del descubrimiento del Nuevo Mundo se estableció, por preocupaciones que llamaremos científicas, una relación entre la narración platónica de Atlántida (conocida a través de la Escuela Neo-Platónica del siglo xv. —Marsilio Ficini o Ficino 1433-1499) y América. La existencia de la relación ha quedado definitivamente averiguada y comprobada. Este hecho en sí no explica nada; sólo nos conduce a una pregunta fundamental, que se descompondrá en muchas parciales y que es conocer cuál fué el motivo de la relación, el porqué de la ocurrencia que tuvieron los hombres de entonces de relacionar el texto de Platón con la verdad geográfica revelada por el descubrimiento de América.

Lo primero que a este respecto solicita nuestra atención es que los motivos de la relación de cuya averiguación se trata, no son todos del mismo tipo. Los hay que están explícitos en los textos, son motivos declarados y como tales han sido invocados con plena conciencia de los autores. Por otro lado, hay otros motivos que están implícitos, ocultos, y que no han sido puestos, sino que han sido o están supuestos. La distinción es capital, porque mediante ella es posible profundizar en la comprensión del hecho estudiado, traspasando la muralla de conciencia que objetivamente es todo texto o expresión escrita, y de este modo se hace factible emprender ese viaje radical hacia el pasado que es la Historia.

El distingo entre lo puesto y lo supuesto, pues, proporciona una estructura mínima, pero básica para montar el examen del problema inicial.

La posición de los autores hasta ahora estudiados y que consiste en establecer una conexión entre la narración del filósofo griego y América a base de una identificación geográfica, la calificaré de posición tradicional, en contraposición a la de Acosta, que estudiaré más adelante, y que será la posición de rechazo.

Todos los textos revisados nos arrojan un dato común, contenido entre los motivos declarados o externos. Esta nota comprendida en todos, es la *aparente semejanza* de conjunto que encuentran entre el esquema geográfico consignado en el *Timeo* y el esquema geográfico revelado por el descubrimiento del Nuevo Mundo. La simple lectura del diálogo, sin consideraciones ulteriores de tipo crítico, inevitablemente debió sugerir al lector del siglo XVI la conexión Atlántida-América, basada exclusivamente en la aparente semejanza de ambos esquemas geográficos. Con esto tenemos ya el motivo inicial, o si se quiere, el pretexto en que se funda toda la enorme estructura histórica de la teoría Atlántida de América.<sup>48</sup>

Descubrimos, pues, que la teoría entera está montada en una semejanza entre dos términos imperfectamente conocidos, como son, por una parte, la realidad geográfica y, por la otra, el diálogo de Platón. Esta última afirmación, que implica una actitud acrítica por parte de quienes leían y referían el diálogo al Nuevo Mundo, puede parecer arbitraria; sin embargo, así tendrá que quedar de momento, porque su explicación irá apareciendo cuando nos ocupemos del examen de los motivos internos o supuestos del hecho. Puede adelantarse, no

obstante, la siguiente consideración: en primer término, que el diálogo solo era conocido en la traducción latina de Marsilio Ficino; y en segundo término, que eso que nosotros llamamos actitud crítica no es, o en todo caso no es únicamente lo que a primera vista parece: un defecto, falla o falta de ciertos conocimientos y su aplicación, como por ejemplo, conocimientos filológicos o de geografía helénica, sino que lleva implícita toda una actitud peculiar, un especial sentido del conocimiento mismo y de su objeto.

Hay que advertir que dentro del motivo común a base de la semejanza de los esquemas geográficos, existen diversos matices o variaciones, según la manera en que se intentó la identificación de los elementos componentes de ambos esquemas. Así, mientras Las Casas identifica las Islas anegadas con restos de la Atlántida, Zárate se esfuerza por ver en el texto del diálogo una entidad geográfica que identifica con el Océano Pacífico que ni Las Casas ni Gómara vieron. Sarmiento de Gamboa, por su parte, piensa que el continente americano es una fracción de la famosa isla. Estas variaciones de interpretación entre los escritores primitivos de Indias, cuyos textos ya conocemos, son, pues, *simples variantes de la motivación* que hemos señalado como común a todos ellos. Ahora bien, prosiguiendo el examen del plan que tenemos trazado, es indispensable afinar más para descubrir los motivos individuales que expresamente se declaran en los textos; pero sin abandonar aún el plano superficial del problema, es decir, el de los motivos que hemos llamado externos o explícitos en oposición a otros que son internos, ocultos e implícitos y de los que trataremos oportunamente.

Pues bien, el análisis de los textos revela que los primitivos escritores de Indias se ocupan del tema Atlántida-América, movidos por tres preocupaciones diversas que pueden calificarse de científicas, a saber: (a) dar una explicación causal del descubrimiento de Colón; (b) resolver el origen del hombre americano y (c) responder a la cuestión de si la antigüedad clásica tuvo o no conocimiento de la existencia del Nuevo Mundo. Estas tres preocupaciones forman un nudo cultural enormemente complejo, cuyo estudio completo rebasa con mucho las posibilidades de este trabajo, porque son parte del repertorio de problemas que planteó el ingreso de América en la cultura europea. A nosotros nos interesan sólo en la medida en que se refieren a la relación Atlántida-América, y con tal limitación enfocaremos su

examen. Las preocupaciones individuales de los cronistas, que, como se ha puntualizado, se revelan textualmente en las tres cuestiones arriba enunciadas, han sido calificadas por nosotros de preocupaciones científicas. Una pequeña ampliación de este concepto será, pues, pertinente. Ciencia es, "en su propio y auténtico sentido... sólo investigación; plantearse problemas, trabajar en resolverlos y llegar a una solución". La noción general de lo científico es la que corresponde a la actitud y actividad de un querer *dar razón*, de un querer explicar racionalmente los fenómenos y los hechos que se presentan a la consideración del sujeto. "Este *dar razón* consiste fundamentalmente en aportar otros hechos que aparecen en una relación con aquéllos, de tal manera que se presentan como causa los unos de los otros. Ahora bien, la relación Atlántida-América, que hemos encontrado en los textos del siglo XVI, es una relación del tipo descrito; de ahí que se justifique calificar de "científicas" las preocupaciones reveladas en los textos de los cronistas. Pero la actitud y actividad científicas no son algo en el aire, algo abstracto, algo siempre semejante; por el contrario, en la Historia se nos revelan como algo diferente en profundidad, no en superficie. No se trata de la diferencia que postula la idea del *progreso*, la que implica por necesidad una semejanza; trátase de una diferencia en los supuestos; en las convicciones; en la visión y concepto mismo que de la realidad se tenga. Así pues, siendo la relación Atlántida-América, tal como la hemos descubierto en los textos, una relación de tipo científico, es necesario darnos plena cuenta de que no lo es en el mismo sentido en que nos lo sugiere de una manera inmediata el calificativo de lo científico. En efecto, y aquí habrá necesidad de tener un aire un poco dogmático, la actitud y actividad científica, en la época y para los autores estudiados, se complica con un ingrediente que le es absolutamente inseparable: la religiosidad, y más concretamente la Iglesia Católica. Esto es tan esencial que no se trata de un más o de un menos del pensamiento científico, sino de un elemento constitutivo suyo.

De ser así, es indudable que tendremos que encontrar el reflejo del elemento religioso en el planteamiento de las tres preocupaciones que movieron a los cronistas a relacionar la narración de Platón con el descubrimiento de América. Examinemos este problema. La primera de esas preocupaciones, en el orden en que las expusimos, fué la de dar una explicación causal del descubrimiento realizado por Colón.

Esta, de las tres, es la que podríamos llamar la más puramente científica. En efecto, Atlántida desempeña aquí un papel de *causa*, ya que los que con tal motivo la aducen, piensan que Colón conoció directa o indirectamente (Las Casas y Zárate por un lado y López de Gómara por el otro) la narración platónica, y que ello contribuyó a animarlo a emprender su viaje. Sin embargo, el descubrimiento de América tiene, para estos escritores, una razón que remite a segundo término todo lo demás que con ese carácter pudo presentárseles: la *verdadera causa* del descubrimiento consiste en que Dios lo quiso. El hallazgo de América se debe primariamente a una permisión de la voluntad divina. Y no se piense que esto es banal; todos los hechos y circunstancias que rodean al acontecimiento reciben por tal motivo una interpretación peculiar. Por ejemplo, Colón aparece como un "instrumento de la voluntad divina", él mismo se cree un predestinado, un elegido de Dios para realizar la magna obra; o bien el tiempo en que se realiza el descubrimiento coincide con la Reforma protestante, porque Dios, a la vez que autoriza esta rebelión como un merecido castigo, recompensa con América a la Iglesia, al ponerle delante todo un nuevo mundo para que en él fructifique, vigorosa y sin vicios, la simiente del Evangelio. Este sentido de recompensa en España tiene su propia interpretación: ella ha sostenido la lucha contra el imperio árabe, y, por otro lado, ha perdido sus posiciones en el Norte; luego es ella la campeona del catolicismo, la elegida para realizar el descubrimiento y conquista de estas nuevas tierras.

El hecho mismo que ahora nos ocupa, o sea el que Colón conociera el diálogo platónico, es, pues, una causa secundaria, porque en realidad tal hecho es sólo uno de los muchos caminos o vías conducentes a la realización del designio divino. Compulsemos un texto comprobatorio:

Llegado, pues, ya el tiempo de las maravillas misericordiosas de Dios, cuando por estas partes de la tierra se había de coger el ubérrimo fruto que á este orbe cabía de los predestinados, y las grandezas de las divinas riquezas y bondad infinita más copiosamente, después de más conocidas, más debían ser magnificadas, escogió el divino y sumo Maestro entre los hijos de Adán que en estos tiempos nuestros había en la tierra, aquel ilustre y grande Colón.<sup>80</sup>

El Padre Las Casas, como puede verse en la transcripción que antecede, piensa que Colón no es sino un instrumento escogido para

la realización de la voluntad de Dios. En el capítulo XI del libro I de su *Historia*, se refiere más concretamente a nuestro punto. Nos informa que en vista de las muchas autoridades y razones que conocía el almirante, todas ellas propicias para creer en la existencia de tierras desconocidas, estaba:

cuasi ya del todo á determinarse; pero porque aun Nuestro Señor á quien en ésto siempre tuvo por favorable, y á que del todo tuviese indubitable noticia de lo que quería encomendar le ayudaba, quiso depararle otras ocasiones y adminículos (entre ellos está el relato de Platón) para que más se certificase.<sup>51</sup>

La segunda preocupación que indujo a los cronistas a relacionar Atlántida con América fué la relativa a explicarse el origen del hombre en el Nuevo Mundo. Yo propendo a ver en esto un tema de geantropología que nada tiene que ver con la religiosidad; pero el aspecto *científico* del problema sólo se formula adecuadamente según la mentalidad de la época si se piensa en el supuesto bíblico de la descendencia del género humano proveniente de una pareja. Tal supuesto podría parecernos un elemento perturbador e innecesario; mas no así a los escritores cuyos textos han sido estudiados, para quienes representa una *verdad*, es decir, uno de los datos conocidos del problema, necesariamente el hombre había llegado a América por alguna parte, y esa es la que creen ver en la isla desaparecida de Platón. Claramente, pues, se ve en el caso la vinculación de la actividad científica con los supuestos religiosos.

Finalmente, el problema de si tuvo noticia o no del Nuevo Mundo la sabiduría de la Antigüedad clásica, no es simple y sencillamente lo que puede llamarse una cuestión histórica. El problema en su aspecto religioso sugiere una pregunta previa, a saber: ¿Pueden considerarse como proféticos algunos textos o escritos de los paganos? Algunos de los cronistas se ocupan expresamente del punto. Por ejemplo, en *Las Casas* encontramos lo siguiente:

muchas veces quiso asimismo la Providencia Divina permitir, unas veces para castigo y pena de los infieles que entre ellos hubiese, y otras veces para utilidad y conveniencia y gobernación de los reinos, y ansí del mundo, permitiendo que los teólogos, hechiceros y adivinos, y los mismos demonios, respondieran en sus oráculos á los idólatras, de las cosas por venir adversas ó prósperas, ciertos respuestas.<sup>52</sup>

Cervantes de Salazar justifica dogmáticamente la opinión que tiene por proféticos ciertos escritos de los paganos. En el capítulo II de su crónica, dice:

...porque aquello en las cosas humanas suele tener más verdad que el bueno y el malo confiesen, y no siendo el don de profecía de los dones del Espíritu Sancto que hazen al hombre grato y amigo de Dios, no es marauillar que gentiles ynfieles y malos, como fué Balán, prophetizen; pues profecía: es gracia de gracia dada, y que no haze al hombre grato y amigo de Dios...<sup>53</sup>

En conclusión, los motivos declarados o explícitos de la relación Atlántida-América, tal como los hemos encontrado en los textos de los cronistas primitivos de Indias, se resumen en un motivo común a todos, que es la aparente semejanza entre los esquemas geográficos del *Timeo* y el revelado por el descubrimiento de América; y en motivos individuales que reflejan la preocupación preponderante con que cada uno se acercó al problema.

Tales preocupaciones, como hemos visto, pueden reducirse a tres preguntas, que son otras tantas cuestiones científicas; pero es necesario entender este concepto situándolo en la realidad histórica de la época como algo consubstanciado con el dogma y enseñanzas de la Iglesia Católica, que, a su vez, representan el plano superior de la ciencia. Entender esas tres cuestiones como puramente científicas en el sentido actual, es cometer un error de perspectiva histórica; la formulación correcta, aun cuando solamente aproximada, será, en binomios: (a) Explicación causal del descubrimiento: el descubrimiento pensado como designio divino; (b) Problema del origen del hombre americano: Supuesto bíblico del origen de la humanidad y (c) Conocimiento por la sabiduría antigua de la existencia del Nuevo Mundo: La sabiduría antigua como profética.

Con las anteriores consideraciones podemos dar por concluido el examen de los motivos explícitos o manifiestos de la relación Atlántida-América.

## CAPITULO III

### PLATONISMO Y AMERICA

Con lo que hemos estudiado hasta ahora, estamos aún en la superficie del problema; hay otros motivos que están ocultos e implícitos, y cuyo descubrimiento intentaremos en seguida.

La primera dificultad que se nos presenta al reflexionar sobre el tema aludido, es la amplitud del tema mismo; porque estos motivos supuestos o implícitos constituyen una serie indefinida o complejo histórico, que es la época toda en su enorme extensión y diversidad. Se trataría, ni más ni menos, de una caracterización de la época. No obstante, tal consideración no hace fuerza para que se renuncie del todo a la tarea; podemos abrir en la selva una brecha que nos conduzca a conclusiones, quizá un tanto limitadas por el tema, pero en todo caso adecuadas y lo suficientemente precisas.

Nuestro problema consiste en el estudio de la relación que unos hombres del siglo XVI establecieron entre un antiguo texto de Platón y el descubrimiento del Nuevo Mundo; el mismo problema, visto a mayor distancia, consistirá en el examen de las relaciones en general entre la cultura antigua y la décimasexta centuria de nuestra Era. Pero en esas relaciones hay que distinguir dos tipos: de un lado, tenemos las meras relaciones evolutivas que derivan del mecanismo del proceso histórico, o sea las relaciones que la cultura occidental necesariamente debe tener con la cultura greco-latina y que origina la propia cultura occidental. Por otra parte, habrá otro tipo de relaciones, peculiares o específicas de la época de que se trata, que provienen de una actitud general, de una especie de resolución colectiva de los hombres de en-

tonces, de *volver la mirada hacia la Antigüedad*, con ciertos fines y propósitos muy particulares; de tal manera que esos propósitos tienen y le comunican a la época entera un carácter propio, diferenciante, que se manifiesta en sus obras culturales y en su estilo de vida. En términos muy vagos, tal podría ser la fórmula básica de ese gran esquema histórico, de suyo impreciso, que se llama *el Renacimiento*. Podríamos decir que las relaciones del primer tipo son un ingrediente del ser de la cultura europea, y que las del segundo son un ingrediente de las formas de la cultura europea de esa época. Son, por consiguiente, las relaciones del segundo tipo las que nos interesan para la caracterización, ciertamente no de toda la época, pero sí de la parte que va directamente hacia el problema que se examina. La limitación que acabamos de establecer deja todavía un campo demasiado amplio, que será necesario reducir a dimensiones más proporcionales a nuestro intento. Si pensamos sobre los términos mismos de la relación Atlántida-América, caeremos en cuenta que se trata de cosas de diferente especie. El relato platónico es una realidad histórica en el sentido de un objeto cultural legado por el pasado; allí está con toda su desvinculada objetividad, como están las catedrales góticas. Es un objeto dado, legado por la cultura. No así el otro término de la relación: el descubrimiento de América que es un acontecimiento insólito, un suceso; en suma, es una experiencia. Ahora bien, a la diferencia de especie en los términos de la relación, obedece el que ésta sea de tipo peculiar. No se trata de una relación cualquiera; está condicionada por el imperativo implicado en uno de sus términos, que es el experimental, o sea el descubrimiento de América, porque toda experiencia, precisamente por ser eso, pide una manipulación, un tratamiento urgente e inaplazable, para privarla de ese ingrediente de escándalo que todo acontecimiento insólito tiene y que toda experiencia implica. En otros términos, la relación se establece para situar y acomodar el contenido experimental (lo insólito en este caso) dentro del sistema de convicciones vigentes para la época. Y la operación consiste en echar mano *precisamente de esas convicciones*, que son lo único de que podemos valernos, por la obvia razón de que es lo único que se posee. En suma, se trata de una *relación explicativa*.

Con esta consideración fundamental, quedamos colocados en la puerta de nuestro tema. Por lo pronto, se ha aclarado que el haberse pensado en el relato platónico como *explicación* de algunos problemas

que el descubrimiento de América planteó a la mentalidad del siglo XVI, implica que ese relato pertenece al sistema de convicciones vigentes entonces. Pero decir esto, es tanto como decir que entre los poseedores de esas convicciones y el texto platónico hay una vinculación especialísima; una relación peculiar que es la que hace que dicho texto pertenezca al sistema de convicciones; en definitiva, que hay una conexión vital.

Esta conclusión aclara y explica la afirmación que se hizo antes, al parecer arbitrariamente, consistente en atribuir a la época de que nos venimos ocupando, la resolución de vivir con la mirada vuelta hacia la Antigüedad clásica.

Pues bien, tal es el primer y capital supuesto, de los ocultos o implícitos en la relación Atlántida-América. Si en el sistema de convicciones vigentes para los cronistas no hubiera encajado el relato de Atlántida y todo lo que el tal relato significa como monumento de la Antigüedad helénica, nunca se habría relacionado con problemas americanos, por la razón de que tal conexión jamás se podría haber *ocurrido como posibilidad explicativa*, adecuada y pertinente.

Me parece que los resultados a que hemos llegado contestan en general a la interrogación que motivó esta segunda parte del estudio, o sea preguntar por la razón básica de la ocurrencia misma de haberse pensado en la narración platónica relacionándola con América. Sería necesario, en seguida, perfilar o detallar, para ir sacando diversas conclusiones según el punto de vista desde el cual se examine este supuesto fundamental, a fin de obtener una caracterización precisa de la época, en aquello de más estrecha vinculación con nuestro tema. En términos más concretos: se trataría de estudiar exhaustivamente el rasgo que como capital se nos ha presentado, consistente en ese *vivir con la vista hacia la Antigüedad grecolatina*. No acaba de enunciarse ese programa, cuando surgen una muchedumbre de problemas especiales que reclaman una solución. Sin embargo, éstos pueden reducirse para el caso a unas cuantas cuestiones esenciales. Lo que primero se ocurre es preguntar por el motivo de ese vivir con la vista hacia la Antigüedad grecolatina; en seguida, averiguar de qué manera fué ese especial tipo de vivir, porque, con toda evidencia, puede haber diversas maneras o modos de vivir con la vista puesta en los antiguos.

A nadie escapará que estas preguntas están implicando una indagación de la razón de ser misma de la época y su descripción, cosas

las dos, que no pueden ni remotamente intentarse en estas páginas, de donde debemos forzosamente imponernos nuevas limitaciones; pero no sin advertir que las consideraciones que sobre estos temas se hagan tendrán la pretensión de ser contestaciones parciales y, por lo tanto, válidas dentro del amplio esquema que hemos dibujado.

Para descubrir en qué relación estaban los hombres de entonces con la cultura antigua, puede emprenderse una investigación acerca de la manera como fueron utilizados los diálogos de Platón con motivo del descubrimiento de América. Es pertinente, pues, examinar en detalle la actitud y posición que con respecto a ellos adoptaron los escritores cuyos trabajos han sido analizados en la primera parte de este estudio. Fijemos la atención en una circunstancia que proporciona una clave de primer orden para esta dilucidación: los textos platónicos que encierran la narración de Atlántida fueron conocidos en una traducción latina contemporánea de los cronistas que les dieron la aplicación que hemos visto. Ahora bien, lo que nos importa aquí no es saber si la traducción es o no exacta en el sentido de la fidelidad con que se reproduce el pensamiento de Platón; lo que es capital, es averiguar la finalidad con que esa traducción se hizo, porque así conoceremos la necesidad que con ellas se pretende satisfacer, ya que es evidente que una traducción puede emprenderse en contestación a las más variadas exigencias.

Es un hecho comprobado que la traducción empleada por los cronistas fué la de Marsilio Ficino, es decir, la de un hombre que se distinguió por su destacada posición en la Escuela Neoplatónica de Florencia. Claro está que nada tiene de extraño que se dedicara a traducir y a comentar obras del Maestro; pero en lo que es necesario insistir, es en que precisamente el neoplatonismo de Ficino consiste, en lo fundamental, en elevar a la categoría de convicción, de pensamiento vital, las enseñanzas del filósofo griego; lo que equivale a decir que la actitud ante los escritos de Platón es la de quien tiene su contenido por expresión de verdad actual, de algo vigente en y para su propia vida. De allí que la traducción y no ya el original, es el texto que viene a responder a esas convicciones, a representar esa verdad.

Y aquí es el lugar de recoger un cabo que había quedado suelto. Dijimos en líneas anteriores que la actitud de los cronistas, con respecto al texto platónico, parecía hoy en día como falta de sentido crítico. Esto sólo indica que nuestras relaciones con la Antigüedad han cam-

biado; el texto del *Timeo* que a nuestras preocupaciones interesa, es el original. Queremos saber con precisión lo que Platón escribió y lo que pensó. Las traducciones que se hagan propenderán, pues, a satisfacer estos deseos que acusan un supuesto propio de nuestro tiempo, que se revela cuando a una traducción de esta especie la calificamos de crítica. Pero si nos colocamos, como se ha intentado en este estudio, en el lugar, mejor dicho en la fecha de los cronistas, comprenderemos que no hay en rigor esa falta que tan a la ligera se les atribuye.

La traducción de Ficino, base de la especulación Atlántida-América, es una traducción al servicio de una exigencia cultural peculiar: pone a disposición un texto del que puede echarse mano para buscar soluciones a problemas que la vida iba planteando, que tenían entonces carácter de actuales. Eso fué puntualmente lo que hicieron los cronistas, porque el servicio que a estas traducciones se pedía no era otro sino el de su utilización para *explicar* las incógnitas que iba agregando la experiencia. Vemos, pues, cómo a través del indicio de la traducción del texto platónico, esa resolución de vivir con la mirada hacia la antigüedad, se nos ha matizado con un elemento más concreto, que consiste en saber que los hombres de aquel tiempo sintieron la necesidad de recurrir a la sabiduría antigua para utilizarla como solución de lo que en sus vidas acontecía. Si se estudiaba y traducía a Platón era para aprovecharlo; había una razón pragmática.

Con esto no solamente se ha puesto en relieve y destacado el rasgo que más nos importa de la caracterización de la época, sino que, además, han surgido nuevos elementos para ahondar en las causas de la asociación que establecieron los cronistas entre el relato platónico y el Nuevo Mundo. En consecuencia, podemos considerar esta orientación pragmática como el segundo motivo implícito que hemos descubierto en la relación Atlántida-América.

El sentido pragmático con que se miraba a la Antigüedad, viene a ser algo así como un ambiente, como una atmósfera cultural de la época, y que por lo tanto, trae consigo disidencias individuales, según las preferencias y temperamentos. Por ejemplo, podía acontecer, y en efecto acontecía, que surgieran diferencias en la aplicación o manera de utilización de un antiguo texto, lo que ocasionaba diversas posiciones o escuelas al parecer radicalmente opuestas y antagónicas. El supuesto básico de tales posiciones permanecía siendo el mismo para todas, porque no se discutía la validez de la orientación pragmática

en cuanto tal. Hay, pues, la posibilidad de la divergencia y hasta de oposición dentro de la actitud general, que en sí permanece intacta. Como sucede con la posición de rechazo que representa Acosta y que a continuación estudiaré. Hay dos maneras diversas de comprender el diálogo: la posición de los cronistas que califico como tradicional, da al relato una interpretación *histórica*, mientras que en Acosta, como veremos, el relato es una *alegoría*, o sea que el jesuíta ve en el diálogo una expresión simbólica no *aplicable* a la realidad; no así la otra, que sostenía la veracidad del diálogo y por lo tanto propugnaba su *aplicabilidad* a los hechos. Todo gira, pues, alderredor de la posible *utilización* efectiva y actual del diálogo; la oposición, o sea el lado de la interpretación alegórica, no tachaba a los de la interpretación histórica ese su *querer utilizar* el texto del filósofo; solamente ponía reparo a la inaplicabilidad en el caso concreto; y tan era así, que precisamente la interpretación alegórica se sustentaba en la imposibilidad de utilización del diálogo o pasaje respectivo.

El caso de esta particular discusión no es, sin embargo, un caso aislado. Puede referirse a un movimiento mucho más amplio y extenso: se trata del lugar especial que ocupa Platón en la época que venimos describiendo.

Platón, al igual que todos los antiguos, era motivo de la consideración pragmática de que se ha hablado; pero por causas históricas sumamente complejas y que de ninguna manera pueden abordarse en este lugar, fué objeto de un verdadero culto. Lo más que puede hacerse aquí en apoyo de la afirmación (además de que se trata de un hecho bien establecido) es aportar algunas consideraciones como indicios comprobatorios; pero que tendrán la importancia de estar sacados de los textos mismos de los cronistas y precisamente en pasajes relativos al tema de Atlántida. La razón última por la que el P. Las Casas se decide a favor de la llamada *interpretación histórica* del diálogo consiste en que lo halla confirmado por Marsilio Ficino, ya que éste:

afirma no ser fábula sino historia verdadera, y pruébalo con sentencia de muchos estudiosos de las obras de Platón, y todos ellos fundándose en palabras platónicas.

Además, el mismo Las Casas concede gran peso a las palabras con las que da principio Platón a su narración antes de hablar de la

isla Atlántida, a saber: *sermo futurus valde mirabilis, sed omnino verus*. Este razonamiento, como lo ha observado Imbelloni, aun cuando con intención distinta, tiene por base un argumento de *magister dixit*; pero no es su validez lo que aquí interesa; lo que importa es el hecho mismo, o sea que un hombre como el obispo de Chiapas se decidiera precisamente a causa de una razón de ese tipo. El argumento de *magister dixit* implica un supuesto en quien lo utiliza: la aquiescencia a que cuanto el maestro dice es digno de ser creído; y si Platón dijo que el "discurso que sigue (el de Atlántida) es maravilloso en grado extremo, pero en todo verdadero"; y si el neoplatónico Ficino y otros de la Escuela así lo dijeron, no hay que dudar más. En consecuencia, desde el momento que el P. Las Casas esgrime el argumento que hemos visto, claro está que rinde un culto excepcional a Platón como infalible maestro. En Agustín de Zárate la cosa es poco más o menos igual que en el anterior: al discutir sobre si es o no verdadero el relato de Atlántida, asienta que "esta historia *dicen todos* los que escriben sobre Platón, que fué cierta y verdadera", y en seguida cita en su apoyo a Ficino y a Platino. Cervantes de Salazar, que en esto sigue a Zárate, es un ejemplo más, y por cuanto a Sarmiento de Gamboa, el vil apego literal al texto platónico, no deja duda alguna sobre la tiránica y superstitiosa autoridad que ejercía el filósofo sobre el cronista. Como una última instancia de lo que venimos apoyando, es pertinente advertir que en algunos de estos escritores, Platón es designado como el "divino". Así en el Zárate, y particularmente en Cervantes de Salazar, quien usa el calificativo en el título del capítulo correspondiente, como ya lo vimos en su oportunidad. ¿Qué alusión más evidente puede pedirse? Solamente se apellida divino a lo que es objeto de culto.

Queda, pues, justificada en los textos mismos la afirmación sobre el destacado o privilegiado lugar que, para esta época, ocupó Platón entre los demás antiguos.

Ella motivó el neoplatonismo, que fué una importante tendencia dentro del ambiente cultural de entonces; y al señalar tal circunstancia, no cabe duda de que descubrimos un tercer supuesto o motivo implícito en la relación Atlántida-América, tal como ésta se nos ha exhibido en los textos de los primitivos escritores de Indias.

Los resultados a que hemos llegado proporcionan un panorama general de las relaciones en que la época de que tratamos vivió con respecto a la antigüedad clásica. Hemos encontrado un vivir con la

mirada vuelta hacia ella; hemos descubierto que la motivación fundamental de tal actitud se localiza en el sentido utilitario con que se acudía a los antiguos, cuya sabiduría desempeña el papel de un tesoro, un inagotable acervo, un repertorio de soluciones aplicables a los problemas que la experiencia propia hace surgir. De esta manera, se impuso con el ímpetu de la época una imagen alucinante del mundo de la antigüedad grecolatina, rodeada del nimbo del más alto prestigio. Dentro de este paisaje, Platón, el *divino*, se destaca vigoroso como un antiguo San Pablo; sus escritos, sus opiniones y sus sentencias tienden a tomar cuerpo de dogmas, dando lugar a una especie de ortodoxia; mientras su persona, como maestro por excelencia, es objeto de un culto apasionado.

Ya indicamos la imposibilidad de intentar aquí una explicación cabal y descripción de las consecuencias de este culto a Platón; a nosotros nos interesa destacar del enorme complejo, algo que me parece muy interesante y pertinente al tema que estudiamos: la estructura literaria y forma misma de los escritos platónicos. Dicha estructura y forma ejercen, por lo que veremos, una *atracción especial* que contribuye poderosamente al prestigio de la obra del filósofo.

Examinemos esta cuestión: Platón no es sólo un pensador en el sentido en que se dice de Aristóteles. Los escritos de aquél tienen una contextura y calidad que los hace ingresar como valores definitivos en la literatura universal. Platón no solamente piensa, sino que su pensamiento está expresado en forma literaria de una belleza suprema. El que la casi totalidad de su obra afecte la manera dialogada, no es algo casual ni puede sernos indiferente, tanto para su comprensión actual como para la debida inteligencia de la manera con que otras épocas lo comprendieron y amaron.

Ahora bien, si nos preguntamos por el supuesto fundamental de la forma dialogada, a poco que se reflexione descubrimos que es un género que pide una *mise en scène*, por mínima que sea. En rigor no importa que el autor no inserte pequeñas descripciones circunstanciales, aunque éstas son importantes, porque es suficiente que el discurso pase de un interlocutor a otro, para que opere una alusión o sugestión que remite al lector a la escena. El diálogo, como género literario, es teatro; ahora que muy bien puede ser que sea teatro aburrido. El *Fedro* o el *Tímeo* son representables; lo que faltaría es auditorio que asistiera a tales representaciones. Así, pues, lo esencial del diálogo es que

crea un ambiente de realidad, porque implícitamente remeda un acontecimiento.

En atención a esta necesidad interna del género, el diálogo sólo adquiere cierta perfección cuando contiene un tanto de simulación intencional, que se traduce en descripciones circunstanciales sobre las que el diálogo se sustente. El *Banquete*, por ejemplo, ilustra con maestría lo que venimos diciendo. Allí, la parte que estrictamente puede llamarse diálogo es mucho más importante en el conjunto de la obra, pero la parte descriptiva es considerable y particularmente vívida. Mas para que lo descriptivo acierte a cumplir con su cometido en el conjunto es necesario que tenga cierta densidad, que simule lo verdadero; en suma, que sea verosímil. La calidad de verosimilitud se logra por una concurrencia lógica de múltiples detalles, que mientras más específicos, puntuales y congruentes, más fuerza hacen, y por ello el escritor del diálogo se empeña en minuciosos pormenores, al parecer superfluos y excesivos. Pero es el caso que hay aquí una coincidencia con un sector de las preocupaciones cultas de la mentalidad renacentista, la que, por motivos históricos propios, es una época en buena parte caracterizada por una tenaz y violenta oposición, y odio a todo aquello que no se ajuste a la realidad; y a la inversa, por un amor y exaltación de lo verdadero o de lo que como tal parece, es decir, lo verosímil, lo experimentable, lo comparable. La aversión que existe en esta época por los libros de caballerías confirma perfectamente este rasgo; existe toda una lucha entre esa literatura caballeresca, cuyo rasgo característico era lo fabuloso, y la literatura naciente que se complacía en el realismo más desaforado y que da origen a la novela de viajes y aventuras y al teatro.

Estos dos grandes géneros literarios, tal como entonces se entendieron y cultivaron, reconocen como base fundamental el diálogo con todo su realismo. La novela es un diálogo en el que la parte descriptiva ha crecido considerablemente, y por cuanto al teatro, mejor será decir *la comedia*, ya hemos indicado la estrecha relación que guarda con aquél. Es más, aparte de la novela y de la comedia surge también el diálogo propiamente dicho, sólo que recibe el nombre de *coloquio*.

Pensemos ahora el efecto que produciría la lectura de las obras de Platón. No debe sorprendernos la profunda impresión que debieron causar en los espíritus de entonces, y nos vamos explicando la

atracción que ejercieron esas obras, que tan bien respondían a los gustos y aficiones literarias de la época.

Ahora bien, la narración de Atlántida reúne todos estos elementos: su procedencia de la prestigiosa antigüedad; ser su autor quien es; y luego, su atrayente forma literaria y su gran realismo. Añadamos la semejanza en los esquemas geográficos: el del relato platónico, por una parte, y el revelado por el descubrimiento de América por la otra; y no olvidemos que, por encima de todo, está ese peculiar y fundamental sentido pragmático con que la Antigüedad era considerada y actualizada. Todo ello, me parece, obliga a conceder que no hay hipérbole si, para resumir en una frase, decimos que, en el fondo de la relación Atlántida-América, tal como se nos ha mostrado en la primitiva literatura indiana, hubo una fascinación irresistible.

## IV

### FIN DEL PROCESO

#### EL PADRE ACOSTA

Dentro del panorama cultural que acabamos de examinar, y siendo válidas las nociones generales que sobre esa época se han establecido, vamos ahora a estudiar al Padre José de Acosta que, como se recordará, representa en la tesis Atlántida-América la posición de rechazo. Ese *surgir* de una actitud diversa frente a otra ya tradicional nos pone en presencia de una pugna, de una posición y una antiposición; pero, como lo veremos, sólo son antitéticas relativamente; se oponen sin profunda radicalidad en cuanto a la relación misma. Ese *hecho*, que es el existir mismo de una antiposición, también reclama nuestra atención y, por consiguiente, abre una nueva incógnita.

Es Acosta el primer jesuíta que ocupa un lugar importante en la bibliografía primitiva indiana. El libro de Acosta, que representa la nueva posición respecto a ese tema, no es, en todo rigor, su famosa *Historia Natural y Moral de las Indias* (1590), sino el *De Natura novi orbis, libri duo*, que vio la luz pública junto con el *De promulgatione evangelii apud bárbaros sive de procuranda indorum salute, libri sex*, en Salamanca el año 1589. Sin embargo, como los dos primeros libros de la *Historia* con una traducción libre hecha por el propio Acosta del *De natura novi-orbis*, el texto de la traducción contenida en la *Historia* es también original y como tal puede estudiarse.

El Padre Acosta se ocupa de la Atlántida en dos lugares distintos de su obra.

En el primero, que es el capítulo XII del libro primero, se limita el jesuita a exponer el problema; en el otro, o sea el capítulo XXII del mismo libro, emprende un examen crítico de la cuestión, que tiene por resultado rechazar la asociación que ya venía siendo tradicional entre el relato de Platón y el Nuevo Mundo. Examinemos estos textos.

En la exposición del problema, Acosta presenta en breves líneas el esquema geográfico del *Timeo*, sin pretender, como otros, transcribir el texto platónico; en seguida, consigna la opinión de aquellos "que se persuaden que esta narración de Platón es historia, y verdadera historia".<sup>54</sup> Es decir, expone la doctrina ajena sin pronunciarse de momento sobre el particular, manifestando que los que así piensan, aceptan que la Isla Atlántida ocupaba casi toda la superficie del Océano Atlántico; que las islas de que habla Platón son: Cuba, Española, San Juan de Puerto Rico, Jamaica y otras de aquel paraje; que la tierra firme es el continente americano, y finalmente, que el "mar verdadero que dice estar junto a aquella tierra firme" es el Mar del Sur o sea el Océano Pacífico. Claramente advertimos que la exposición de Acosta tiene por base la interpretación o doctrina aceptada por Agustín de Zárate, quien fué, como se ha mostrado, el que torció el texto de Platón para introducir en el esquema de Atlántida el Océano Pacífico.

La referencia a Zárate es tanto más evidente, cuanto que el Padre Acosta emprende el análisis del problema desde el mismo punto de vista en que se coloca el cronista del Perú, es decir, como explicación del origen del hombre en América. Con tal motivo abre capítulo especial, que lo es, como ya se dijo, el XXII del libro primero, y allí examina por su orden los diversos argumentos. De lo primero que se ocupa es de las interpretaciones "histórica" y "alegórica" del texto platónico; y criticando certeramente a unos y otros por el apego incondicional que manifestaban por el "divino Platón", concluye afirmando:

Sea como quisieren, haya escrito Platón por historia o haya escrito por alegoría, lo que para mí es llano, es que todo cuanto trata de aquella isla, comenzando en el diálogo *Timeo* y prosiguiendo en el diálogo *Cricia*, no se puede contar en veras, sino a muchachos y viejas.<sup>55</sup>

Más adelante nos dice lo que a su juicio debe pensarse del relato del filósofo, si se ha de tener "la cuenta que es razón con la gravedad de Platón", y es que, las cosas que narra se dijeron: "para significar

como en pintura la prosperidad de una ciudad y su perdición tras ella".<sup>56</sup> Apretando la crítica ridiculiza a quienes aceptan como verdad lo del famoso templo cubierto de plata y oro, que según el diálogo, estaba en la ciudad principal de Atlántida; y mucho más agudamente lo del fantástico cataclismo que hundió la isla. A este respecto Acosta pregunta:

¿qué piélago pudo bastar a tragarse tanta infinidad de tierra, que era más que toda la Asia y Africa juntas, y que llegaban hasta las Indias y tragársela tan del todo, que ni aun rastro no hay quedado? —Y agrega:— pues es notorio que en aquel mar donde dicen había la dicha isla, no hallan fondo hoy día los marineros, por más brazas de sonda que den.<sup>57</sup>

Este argumento experimental es importantísimo para la comprensión de la personalidad nueva que es Acosta.

Por último, impugna el pseudo argumento o la "casi demostración", como la llama Zárate, consistente en que el mar que se supone haber tragado la isla, se llame Atlántico; tal argumento, dice Acosta:

es de poca importancia, pues sabemos que en la última Mauritania está el Monte Atlante, del cual siente Plinio que se le puso al mar el nombre de Atlántico.<sup>58</sup>

En resumen, el Padre Acosta conoce y expone la doctrina atlántida representada por Zárate y con la independencia de criterio que caracteriza al jesuita, la rechaza en la interpretación del diálogo mismo y en la imposibilidad material de adaptar el relato platónico a la realidad geográfica, rechazando, en consecuencia, también las otras doctrinas o sistemas relativos al Nuevo Mundo a base de la narración platónica. Representa pues, el P. Acosta, en el proceso que hemos venido estudiando, una postura crítica que contrasta por su novedad con la de los escritores que lo precedieron. Vamos ahora a examinar y ahondar esta antiposición representada por ese cronista.

El P. Acosta rechaza la utilización del relato platónico para explicar los problemas americanos. Se coloca, pues, en una postura diversa a la de sus antecesores. Intentemos proyectar la actitud del jesuita en el panorama cultural que hemos descrito, para obtener, al puntualizar la diferencia de fondo que existe entre él y los otros, un conocimiento preciso de esa nueva actitud.

La anterior consideración nos sugiere, por lo pronto, dos preguntas esenciales: (a) ¿En qué se funda el rechazo? y (b) ¿Hasta qué punto es Acosta un hombre nuevo?

Lo primero, Acosta aborda el asunto desde el punto de vista de la explicación del origen del hombre en América. La solución propuesta a base de Atlántida no le satisface, porque los elementos y circunstancias del relato le parecen imposibles como realidades. Esta es la razón que expresamente aduce en su libro. Detallemos un poco. Le parecen imposibles los elementos y circunstancias del relato platónico, en atención a que no se ajusta a lo *naturalmente creíble*; así, por ejemplo, rechaza lo del templo cubierto de plata y oro, y más agudamente lo del cataclismo, pues no le parece que sea *conforme a la naturaleza* que en tan brevísimo tiempo se hundiera la enorme isla, y sobre todo subraya la imposibilidad de la existencia de un océano que tuviera las proporciones necesarias para ocasionar el desastre.

Conocido el tipo de motivos en que se funda el rechazo, analicemos la argumentación del jesuita, con el fin de contestar a la segunda pregunta que hemos formulado.

Si buscamos *la razón* de las razones aducidas por Acosta, no será difícil admitir que todas ellas se pueden reducir a lo siguiente: el diálogo platónico no le parece verosímil. Pero el que le parezca inverosímil, de ninguna manera quiere decir que se invalide ese "vivir con la mirada hacia la Antigüedad," ni el sentido pragmático que a ese vivir caracteriza. Acosta está tan penetrado como los otros cronistas de ese sentir, de ese ambiente. Basta el más superficial examen de su libro para cerciorarnos de ello; salta a la vista hasta qué punto es esencial a toda su obra la utilización, con plena actualidad, de la sabiduría antigua y muy particularmente la representada por Aristóteles. El hecho mismo de que el jesuita concediera beligerancia a la asociación Atlántida-América, indica que, para él, se trataba de algo muy serio y como tal consideró necesario ocuparse extensamente de la cuestión. Es decir, para Acosta hay en esa conexión motivos graves y dignos; ahora que se ve obligado a diferir en la utilización que del diálogo pretenden los platonistas. La posición del jesuita queda bien expresada en el significativo proverbio: *Amicus Plato, sed magis amica veritas*, que en su época y en los lustros siguientes debió ser de frecuente invocación, como lo atestigua un importante pasaje del Quijote.<sup>59</sup>

Al descubrir Acosta la inverosimilitud del contenido del diálogo de Platón, se encontró colocado en una complicada coyuntura de la que difícilmente podemos darnos cuenta ahora. Por un lado, el general prestigio de que gozaba la Antigüedad; por otro, la inverosimilitud del diálogo que en cierto modo amenaza este prestigio, y, en tercer lugar, tratarse de Platón, que, como se ha visto, era motivo de un culto casi supersticioso. Ahora bien, ya se ha explicado que el culto a Platón es sólo una tendencia especial dentro del ámbito cultural de la época. Por circunstancias históricas y personales, por ser jesuita entre otras cosas, Acosta no se suma a esa tendencia, y por tanto se ve libre del platonismo. "Yo, por decir verdad no tengo reverencia a Platón, por más que le llamen divino";<sup>60</sup> y en seguida dice que no es improbable que Platón sufriera error, aun cuando más adelante rectifica este pensamiento que debió tener un aire escandaloso. Eliminando en Acosta el supuesto de *ortodoxia platónica*, que encontramos en los otros cronistas, nuestro problema se reduce a indagar la forma en que el jesuita justifica su opinión de no ser utilizable el diálogo en relación con América. A primera vista puede parecer ociosa esta pregunta, porque se pensará que Acosta queda justificado por el hecho mismo de la inverosimilitud del diálogo y, en consecuencia, su inaplicabilidad; sin embargo, no hay tal. El que el diálogo sea inverosímil es, para Acosta, el fundamento racional de su opinión; no su justificación. La diferencia existe, pero lo que en el caso acontece es que nosotros propendemos a identificar ambos términos. La justificación, como cosa distinta de la fundamentación, se imponía, porque el pensar que el texto platónico no era aplicable, era heterodoxo en el sentido de que iba contra la doxia, o sea la opinión admitida (supuesta) sobre la aplicabilidad actual y plena de los datos y soluciones sacados del gran fondo de la sabiduría antigua. En consecuencia, la justificación se presenta como una exigencia del supuesto que hemos llamado el "prestigio de la Antigüedad", y consistirá en una conciliación entre tal supuesto y la opinión de rechazo en el caso particular de la narración de Atlántida. El único camino para lograr este equilibrio, es el de la vía interpretativa, o sea, proponer una forma de comprensión del texto que, sin invalidar la opinión acerca de la inaplicabilidad del mismo, no acarree desprestigio de la Antigüedad.

Veamos, pues, de qué manera interpreta Acosta el texto de Platón para justificar su posición. Como ya se indicó, el jesuita lanza

precipitadamente, y como reacción violenta contra el culto a Platón y bajo el impulso de un inconfesado, pero no menos cierto culto a Aristóteles, lanza, digo, la interpretación del texto a base de la probabilidad de un error por parte de Platón. En efecto, en un pasaje donde critica a los que son:

tan dados a Platón, que así tratan sus escritos como si fuesen libros de Moisés o de Esdras,<sup>61</sup>

se deja decir que a él no se le:

hace muy difícil creer que pudo (Platón) contar todo aquel cuento de la isla Atlántida por verdadera historia; y pudo ser con todo eso muy fina fábula;<sup>62</sup>

es decir, que bien pudo ser que el filósofo incurriera en error. Pero esta interpretación no satisface las condiciones que, según hemos visto, eran necesarias, porque mina no solamente el prestigio de Platón, sino implícitamente el de la Antigüedad en general. Es por esta causa que Acosta siente la necesidad de rectificar; en efecto, en el mismo capítulo, en un pasaje decisivo, vuelve sobre sus pasos y, ya sin pasión, expresa lo que verdaderamente cree que debe pensarse del diálogo:

mas es inconsideración querer disputar de cosas que, o se contaron por pasatiempo o ya que se tenga la cuenta que es razón con la gravedad de Platón, puramente se dijeron, para significar, como en pintura, la prosperidad de una ciudad y su perdición tras ella.<sup>63</sup>

Se trata, por lo visto, de dos posibles interpretaciones. La primera consistente en ver en el relato platónico un cuento, una novela, es decir, para usar terminología de la época, un libro de entretenimiento. Esta manera de entender la cosa no trae, ciertamente, aparejado desprestigio a la autoridad del texto como proveniente de la Antigüedad, porque la literatura de pasatiempo tiene su razón de ser y justificación dentro del pragmatismo ético de la época. Sin embargo, ese tipo de escrito no deja de ser algo que se considera un poco como de segundo orden; de ahí que la interpretación no sea plenamente satisfactoria. En cambio, la segunda, que consiste en considerar que la narración platónica es una manera simbólica de expresar la prosperidad y perdición de una ciudad, es realmente una solución que no sólo deja a salvo el prestigio de la sabiduría antigua, sino que lo reafirma, desde

el momento mismo en que la narración tiene un contenido de ejemplaridad. De esta manera, además, se evita el peligro de la interpretación que implica la imputación a Platón de haberse dedicado a escribir literatura de entretenimiento, cosa no muy en consonancia con la "gravedad" que "es razón" suponer en el gran filósofo griego. Y adviértase que ese pie obligado de la interpretación, que ese tener "la cuenta que *es razón con la gravedad de Platón*", es la forma en que se nos hace patente, en el texto de Acosta, la profunda y arraigada imagen que de la Antigüedad se tenía como un mundo prestigioso y ejemplar (sentido pragmático). Es un pie obligado, porque precisamente es lo que trataba de salvarse por medio de la interpretación.

## CONCLUSIONES

Si como conclusión queremos resumir los resultados obtenidos en la revisión que de las dos posiciones hemos hecho, diremos que lo esencial consiste en que ambos pertenecen por igual a una manera peculiar de considerar la Antigüedad con un sentido pragmático. Puede afirmarse, pues, que se trata de variantes dentro de una misma tendencia o ambiente. Esto es importante, porque la lectura despreocupada de los textos conducirá a sobreestimar la oposición hasta el grado de situar los términos en campos radicalmente contrarios. El análisis ha demostrado que quien tal hiciera cometería un grave error. En efecto, ni el Padre Acosta ni los escritores que lo precedieron y a quienes impugna, muestran el más leve indicio de tener por problemático lo que para nosotros lo es en grado extremo: la aplicación con plena actualidad de la sabiduría greco-romana. Luego entonces, el supuesto fundamental de la relación Atlántida-América, tanto en la posición primitiva como en la de rechazo, es el mismo.

La diferencia entre ambos no es tan profunda como podría parecer. Radica solamente en la diversidad de opinión sobre la utilización del texto platónico para los problemas americanos con quien se relacionó. En quienes se deciden por la afirmativa, se ha descubierto una afición; una desmesurada preferencia por Platón, que los conduce *obligadamente* a la interpretación llamada *histórica* del relato de Atlántida; el de la negativa, o sea Acosta, rechaza tal preferencia y, por lo tanto, también rechaza la obligada interpretación histórica. Sin embargo, como el rechazo va dirigido contra el *platonismo* de los otros, surge la necesidad de limitarlo y contenerlo en sus consecuencias a fin de que no lleve implícito una invalidación de las relaciones generales que con

la Antigüedad se tenían entonces, porque de otro modo se convertiría en una negación de fondo al prestigio de Platón en lo personal y, sobre todo, como representante egregio de la sabiduría clásica. Este objetivo se logra mediante la interpretación *simbólica* del texto en cuestión, que se opone como *la verdad* contra la falacia de la interpretación histórica de los neoplatónicos.

Tal es el fondo de las dos posiciones que durante el siglo XVI aparecen con motivo de la conexión del relato de Atlántida con América. No será difícil, creo yo, comprender que, una vez objetada la interpretación histórica del texto, sin que por otra parte se minara el prestigio de su procedencia, la buena estrella con que surgió Atlántida en el campo de los problemas americanos tenía que declinar hasta su total ocaso.

Ciertamente Atlántida ha seguido ocupando a través del tiempo un lugar en la Americanística, y sobre todo, tuvo una especie de renacimiento, ¡quién lo diría!, durante el siglo XIX, pero este pensamiento moderno de Atlántida-América, aunque en apariencia el mismo, está ya muy lejos del elaborado por los escritores de Indias del siglo XVI. La relación entre la narración de Platón y los problemas americanos, tal como la pensaron los cronistas, desapareció definitivamente como uno de los últimos frutos del gran movimiento neoplatónico. Es, pues, error ver en ello una etapa inicial de un momento único. Lo que sí puede decirse es que, por supuestos históricos de la más variada índole, el relato del venerable pensador griego ha ejercido a través de los tiempos una poderosa atracción sobre la mente occidental. Atlántida, si bien poco conocida en el texto platónico, es, con todo, un tema muy popular; su bibliografía es enorme; durante el siglo XIX, Atlántida cautivó a muchos eminentes sabios, entre quienes pueden contarse a Humboldt (*Cosmos*), y para mencionar a un mexicano, a Alfredo Chavero.

Cuando en el siglo XIX el tema de Atlántida vuelve a ocupar la atención de los estudiosos, ella está orientada por los postulados del pensamiento positivista de entonces. Se discute, por ejemplo, si realmente existió la isla, si verdaderamente hubo el cataclismo; si es cierto que bajo el océano yacen las ruinas de la ciudad de oricalco y de mármol. Adviértase, entonces, la distancia en intención, y la intención es todo, que hay entre esa manera de interés científico y desinteresado y los propósitos que animaron a los cronistas al estudiar el viejo cuento

platónico. Aquéllos preguntan si Atlántida existió por saber si existió; éstos se hacen la misma pregunta, por saber si Atlántida es América.

Pero la existencia misma de esta pregunta nos dice que existe antes una duda sobre qué cosa es América, pues sin tal duda, no sería siquiera posible la pregunta. Ahora bien, eso es precisamente lo que se trataba de mostrar en este trabajo. Demostrando con el análisis de los textos que los cronistas pugnaron por afirmar la existencia de Atlántida *para* poder afirmar que sabían lo que era América, equivale a demostrar, primero, que América se presentó como una incógnita y envuelta, como dice O'Gorman, en un velo de angustiosa duda. Y segundo, que se echó mano de la leyenda platónica, no casualmente o por pura casualidad, sino necesariamente para buscar un remedio a esa angustia que atenazaba los espíritus de aquellos hombres. No otro sentido puede dársele a esos forcejeos disparatados que el análisis de los textos nos ha mostrado. Ante la necesidad de apaciguar la angustia de la duda, la interpretación más descabellada es buena, porque precisamente para eso son las interpretaciones. Sólo se les ve lo ridículo y absurdo cuando podemos sustituirlas por otras que a la larga resultarían igualmente descabelladas. Eso en efecto es lo que acontece en la trayectoria de la tesis Atlántida-América que aquí hemos querido mostrar.

## APENDICE

### LOS LLAMADOS VERSOS PROFÉTICOS DE SENECA Y LOS CRONISTAS DEL SIGLO XVI.

Entre los varios textos de fecha anterior al descubrimiento de América, que los escritores contemporáneos del suceso y los inmediatos posteriores interpretaron como alusivos al Nuevo Mundo, se encuentran además, los versículos 9, 26, 10, 11, del libro primero de los reyes que dieron lugar a una identificación de América con Ofir. Unos versos de la *Divina Comedia* (Purgatorio), y por último unos versos del acto II de la *Tragedia Medea* de Lucius Annaeus Séneca, conocidos como versos proféticos por la alusión que en ellos parece hacerse al Nuevo Mundo.

El número de estos textos es bastante considerable, y sería interesante recogerlos todos. Sin embargo, los más importantes por las teorías y polémicas a que dieron lugar, y por la frecuencia con que aparecen en los trabajos de los escritores primitivos de Indias son, además de los diálogos de Platón, los tres citados.

En este apéndice me ocuparé exclusivamente del último, sin más objeto que recoger algunas citas de los versos, tal como aparecen en los escritos de los primitivos cronistas de Indias, y que reforzarán la tesis de la duda americana y los forcejeos para despejarla.

Es conveniente comenzar la lista con los versos del gran trágico y su traducción correcta.

## 1. SENECA

(*Medea*. Acto II)

Venient annis secula seris  
Quibus oceanus vincula rerum  
Laxet et ingens pateat tellus  
Tethisque novos detegat orbes  
Nec sit terris ultima Thule.

Siglos vendrán en la tarda edad del mundo, en que el océano aflojará su cerco y aparecerá la tierra en toda su grandeza, Tethis develará nuevos continentes y Thule ya no será el último término del mundo.

## 2. BARTOLOME DE LAS CASAS

(*Historia de las Indias*, Lib. I, Cap. X. p. 135)

Venient annis saecula seris,  
quibus Oceanus vincula rerum  
laxet, et ingens pateat tellus,  
Tiphisque novos detegat orbes,  
nec sit terratum ultima Thule.

En los años futuros y tardíos vernán siglos ó tiempos en los cuales el mar Océano aflojará sus ataduras de tal manera que parecerá gran tierra; y el marinero, inventor de novedad, mundos tan nuevos descubrirá, que dende adelante no será tenida por última de todas las tierras la isla de Thile.

## 3. FRANCISCO LOPEZ DE GOMARA

(Primera parte de la *Historia General de las Indias*. p. 247)

Venient annis  
Saecula seris, quibus Oceanus,  
Vincula rerum laxet, e ingens  
Pateat tellus, Tiphisque novos  
Detegat orbes.  
Nec sit terris ultima Thile.

Vernán siglos de aquí a muchos años que afloje las ataduras de cosas el Océano, y que aparezca gran tierra, y descubra Tifis, que es la navegación, nuevos mundos, y no será Tile la postrera de las tierras.

#### 4. AGUSTIN DE ZARATE

*(Historia del descubrimiento y conquista del Perú)*

Venient annis saecula seris,  
Quibus Oceanus vincula rerum  
Laxet, novosque typhis detegat orbes,  
Atque ingens pateat tellus  
Nec sit terris ultima Thyle.

El cronista no da la traducción de su trastrocada versión latina.

#### 5. FRANCISCO CERVANTES DE SALAZAR

*(Crónica de la Nueva España)*

Cervantes copia la versión latina de Zárate, y supliendo la omisión de éste, nos da la siguiente traducción:

En años venideros vendrá siglo  
en quien lugar dará el mar Océano  
a que otro nuevo mundo se descubra  
distanto del esfera nuestra tanto  
que Thile qu'es en ella la postrera,  
se venga a demarcar por muy cercana.

#### 6. JOSEPH DE ACOSTA

*(De Natura Novi Orbis, libri duo; e Historia Natural y Moral de las Indias)*

Venient annis saecula seris  
Quibus oceanus vincula rerum  
Laxet et ingens pateat tellus  
Typhisae novos detegat orbes,  
Nec sit terris, ultima Thule.

Tras largos años vendrá  
Un siglo nuevo y dichoso,  
Que al Océano anchuroso  
Sus límites pasará.

Descubrirán grande tierra,  
Verán otro nuevo mundo,  
Navegando el gran profundo  
Que ahora el paso nos cierra.

La Thule tan afamada  
Como del mundo postrera,  
Quedará en esta carrera  
Por muy cercana contada.

El lector podrá apreciar las notables variantes que hay entre las diversas transcripciones, tanto latinas como castellanas. De las primeras, la más equivocada es la de Zárate, aunque la traducción que de ella nos da Cervantes de Salazar no se aleja tanto como otras de la versión castellana correcta. De las segundas, la más tendenciosa, por favorable a la aplicación de los versos al Nuevo Mundo, es sin duda, la del P. Las Casas, que habla de "el marinero, inventor de novedad" como clara alusión a Colón. Le sigue en este sentido López de Gómara, quien aclara que *Tifis* "es la navegación", aludiendo también al viaje del almirante. El P. Acosta, en cambio, se distingue por la aspiración literaria que revela la traducción de los versos.

En todas las versiones latinas de los cronistas debe advertirse el cambio del "Thetis" del original por "Thiphis", lo que dió lugar a torcidas interpretaciones, ya que así se mencionaba a Thiphis el argonauta, lo que se prestó a un acomodo de los versos como alusivos a Colón.

Todos los cronistas compulsados, cual más cual menos, se inclinan por ver en los versos una especie de profecía. Acosta propone una interpretación consistente en suponer que, por ser Séneca un gran sabio, no es improbable pensar que por deducción previó la posible existencia de tierras desconocidas en su época, que estuvieran del otro lado del gran océano; pero que nunca pensó específicamente en América. Bartolomé de las Casas representa la posición extrema contraria, pues definiendo decididamente la rigurosa aplicación de los versos de Séneca al descubrimiento del Nuevo Mundo.

## NOTAS

(1) E. O'Gorman. *Fundamentos de la Historia de América*. México, Imprenta Universitaria, 1942. p. 96.

(2) Platón. *Timeo o de la Naturaleza*. Madrid, Nueva Biblioteca Filosófica, 1928. p. 146.

(3) *Ibidem*, p. 147.

(4) *Ibidem*, p. 148.

(5) Platón. *Critias o Atlántida*. Madrid. Nueva Biblioteca Filosófica, 1928. p. 279.

(6) *Ibidem*, p. 287.

(7) *Loc. cit.*

(8) *Ibidem*, p. 295.

(9) En un estudio relativamente reciente, *Libro de las Atlántidas*, Buenos Aires, Humanior. S/í., Armando Vivante y José Imbelloni, llevaron a cabo la revisión de los cronistas del siglo XVI en cuanto al tema de Atlántida. En esta tesis, aunque aprovecho los resultados y observaciones de dicho libro, creo que no será, sin embargo, una pura duplicación de lo ya hecho. En primer lugar, porque abordamos el tema desde un punto de vista radicalmente distinto, y en segundo lugar, porque, además de añadir dos textos más, corregimos algunos errores en que, seguramente por inadvertencia, incurrieron los autores del *Libro de las Atlántidas*. Así por ejemplo: atribuye a Zárate (p. 55) la frase: "Así es que podemos decir como las Indias son la isla y tierra firme de Platón, y no las Hespérides, ni Ofir, ni Tarsis", que es de Gómara. *Historia general de las Indias*. Madrid. En Viajes Clásicos. Calpe. 1922. T. II. p. 249. Como este estudio es, en verdad, un trabajo de orientación distinta, no me ocuparé de señalar en detalle las divergencias con el libro que vengo citando. Debo repetir, sin embargo, que me ha prestado gran ayuda que me complace reconocer.

(10) A partir de Acosta, todos los cronistas como Herrera, Reginaldo de Lizárraga, Torquemada, Solórzano Pereyra y Antonio de Ulloa, siguen al jesuita. Fray Gregorio García es una excepción, porque aunque no se pronuncia por ninguna doctrina, recoge las opiniones de todos los demás.

(11) F. González de Oviedo y Valdez. *Sumario de la Natural Historia de las Indias*. Madrid, 1852 (Biblioteca de Autores Españoles. T. I).

(12) B. de las Casas. *Historia de las Indias*. México, José M. Vigil, 1877. p. 129.

(13) *Loc. cit.*

(14) *Ibidem*, p. 131.

(15) F. López de Gómara, *op. cit.* p. 39.

- (16) Loc. cit.
- (17) *Las Camas*, op. cit. p. 128.
- (18) Gómara, op. cit. p. 39.
- (19) Loc. cit.
- (20) Loc. cit.
- (21) *Ibidem*. p. 45.
- (22) *Ibidem*. p. 45-46.
- (23) *Ibidem*. Tomo II, p. 248.
- (24) Loc. cit.
- (25) Gómara, op. cit. Tomo II. p. 249.
- (26) Loc. cit.
- (27) Loc. cit. Recuérdese la identificación que se quiso hacer del Ofir de la Biblia con Perú; el argumento seguido fué: que si se traspone la primera letra de Ofir se lee Phitó, que degenerado da Perú.
- (28) Agustín de Zárate. *Historia del Descubrimiento y Conquista del Perú*. Madrid. En *Historiadores primitivos de Indias*. 1853 (Biblioteca de Autores Españoles t. 26, p. 460.)
- (29) Loc. cit.
- (30) *Ibidem*. p. 461.
- (31) Loc. cit. Su interpretación la recogió más tarde Fr. Gregorio García en su famosa obra *Origen de los Indios*. Valencia. 1607.
- (32) Loc. cit.
- (33) Loc. cit.
- (34) Loc. cit.
- (35) Diccionario Espasa-Calpe. Ver cronología bíblica.
- (36) Zárate, op. cit. p. 461.
- (37) Loc. cit.
- (38) Loc. cit.
- (39) F. Cervantes de Salazar. *Crónica de Nueva España*. Tercera serie de *Papeles de Nueva España*. Madrid, 1914. Tomo I. México, 1936. Tomos II y III.
- (40) *Ibidem*, p. 5.
- (41) *Ibidem*, p. 4.
- (42) Zárate invoca la autoridad de Eudoxio y además cita a Platino junto con Marsilio Ficino, al afirmar que el Timeo no tiene sentido alegórico. Este Platino al que se refiere Zárate, no es otro sino el filósofo platónico Plotino de Lycópolis, que floreció en el siglo III. Al copiar Cervantes de Salazar a Zárate, también cita a Platino, pero a Eudoxio le llama Pudoxio.
- (43) Imbelloni. op. cit. p. 61.
- (44) *Ibidem*. p. 56.
- (45) Loc. cit.
- (46) *Ibidem*, p. 59.
- (47) *Ibidem*, p. 60.
- (48) Es un ejemplo estupendo en cuanto que nos enseña el peligro que existe en cimentar una noción en simples semejanzas (que buscándolas siempre se encuentran). Lo que al conocimiento interesa, como repetidas veces lo ha hecho notar Ortega y Gasset, es destacar, puntualizar las diferencias.

(49) El europeo significa: "en el gigantesco panorama de la Historia, el ser resuelto a vivir desde su intelecto... la ciencia ha sido la voluntad específica de Europa frente a otras razas, tierras y tiempos; significa la resolución misteriosa que el hombre europeo adoptó de vivir de su inteligencia y desde ella". J. Ortega y Gasset. "Misión de la Universidad". Madrid, *Revista de Occidente*. 1930.

(50) Las Casas. op. cit. p. 115.

(51) Ibidem, p. 135.

(52) Ibidem, p. 134.

(53) Cervantes de Salazar, op. cit. p. 5.

(54) J. de Acosta. *Historia Natural y Moral de las Indias*. México, Fondo de Cultura Económica. 1940. p. 49.

(55) Ibidem, p. 84.

(56) Ibidem, p.85.

(57) Ibidem, p. 84.

(58) Ibidem, p. 85.

(59) *Quijote*. Segunda parte. Cap. 51. Carta a Sancho.

(60) Acosta. op. cit. p. 84.

(61) Loc. cit.

(62) Loc. cit.

(63) Ibidem, p. 85.

## BIBLIOGRAFIA CONSULTADA

- Acosta, José de. *Historia Natural y Moral de las Indias*. México. Fondo de Cultura Económica. 1940.
- Carbia, Rómulo D. *La Crónica Oficial de las Indias Occidentales*. La Plata. Biblioteca Humanidades. 1934.
- Casas. Vid. Las Casas.
- Cervantes Saavedra, Miguel de. *Don Quijote de la Mancha*.
- Cervantes de Salazar, Francisco. *Crónica de Nueva España*. Tercera serie de *Papeles de Nueva España*. 1er. tomo. Madrid. 1914. 2º y 3er tomos. México. 1936.
- Chavero, Alfredo. En 1er. tomo de *México a través de los siglos*.
- Fernández de Oviedo y Valdés, Gonzalo. *Sumario de la Natural Historia de las Indias*. Madrid, 1852. (En Biblioteca de Autores Españoles, tomo I.)  
——— *Historia General y Natural de las Indias, Islas y Tierra Firme del Mar Océano*. Madrid. José Amador de los Ríos. 1851-55.
- Gamboa. Vid, Sarmiento de Gamboa.
- García, Gregorio. *Origen de los indios del Nuevo Mundo e Indias Occidentales*, Madrid, 1729.
- García Icazbalceta, Joaquín. *Colección de Documentos para la Historia de México*, México, 1858.
- Gómara. Vid. López de Gómara.
- Herrera, Antonio de. *Historia General de las Indias Occidentales, o de los hechos de los Castellanos en las Islas y Tierra Firme del Mar Océano*. Amberes. (Las Décadas.) 1728.
- Imbelloni, José y Armando Vivante. *Libro de las Atlántidas*. Buenos Aires. Humanior. Sec. B. Tomo III. s/f.
- Las Casas, Bartolomé de. *Historia de las Indias*. México. José M. Vigil. 1877.

- Lizárraga, Reginaldo de. *Descripción breve de toda la tierra del Perú, Tucumán, Río de la Plata y Chile*. Madrid. Historiadores de Indias. (Biblioteca de Autores Españoles. Tomo III.) 1909.
- López de Gómara, Francisco. *Historia general de las Indias*. Primera y segunda parte. Madrid. En Viajes Clásicos. Calpe. 1922.
- Martínez del Río, Pablo. *Los Orígenes Americanos*. México. Porrúa Hnos. 1936.
- O'Gorman, Edmundo. *Prólogo a la Historia Natural y Moral de las Indias, del Padre Joseph de Acosta*. México. Sobreireto como contribución al IV Congreso Mexicano de Historia. Fondo de Cultura Económica. 1940.
- . *Fundamentos de la Historia de América*. México. Imprenta Universitaria. 1942.
- Ortega y Gasset, José. "Misión de la Universidad". Madrid. *Revista de Occidente*. 1930.
- Oviedo. Vid. Fernández de Oviedo.
- Pérez, Pastor. En *Memorias de la Academia Española*. Madrid. 1910. Tomo X.
- Platón. *Diálogos: Tímeo y Critias*. Madrid. Nueva Biblioteca Filosófica. 1928.
- Sarmiento de Gamboa, Francisco. *Historia del Imperio de los Incas*. Berlín. 1906.
- Séneca Lucius Annaeus. *Tragedia Medea*.
- Solórzano y Pereyra, Juan. *Política Indiana*. Madrid. 1776.
- Torquemada, Juan de. *De los veinte y un libros rituales y Monarquía Indiana*. Madrid. 1723.
- Ulloa, Antonio de. *Noticias americanas: comparación general de los territorios, climas, etc. y sobre el modo que pasaron los primeros pobladores*. Madrid. 1772.
- Vivante, Armando. Vid. Imbelloni.
- Zárate, Agustín de. *Historia del descubrimiento y conquista de la Provincia del Perú*. Madrid, 1853. (Historiadores primitivos de Indias. Biblioteca de Autores Españoles. Tomo II.)

## INDICE

	Pág.
Introducción.....	9
I. La Atlántida de Platón.....	12
II. La Atlántida de los cronistas.....	15
III. Platonismo y América.....	34
IV. Fin del proceso.....	44
Conclusiones.....	51
Apéndice.....	54
Notas.....	58
Bibliografía.....	61